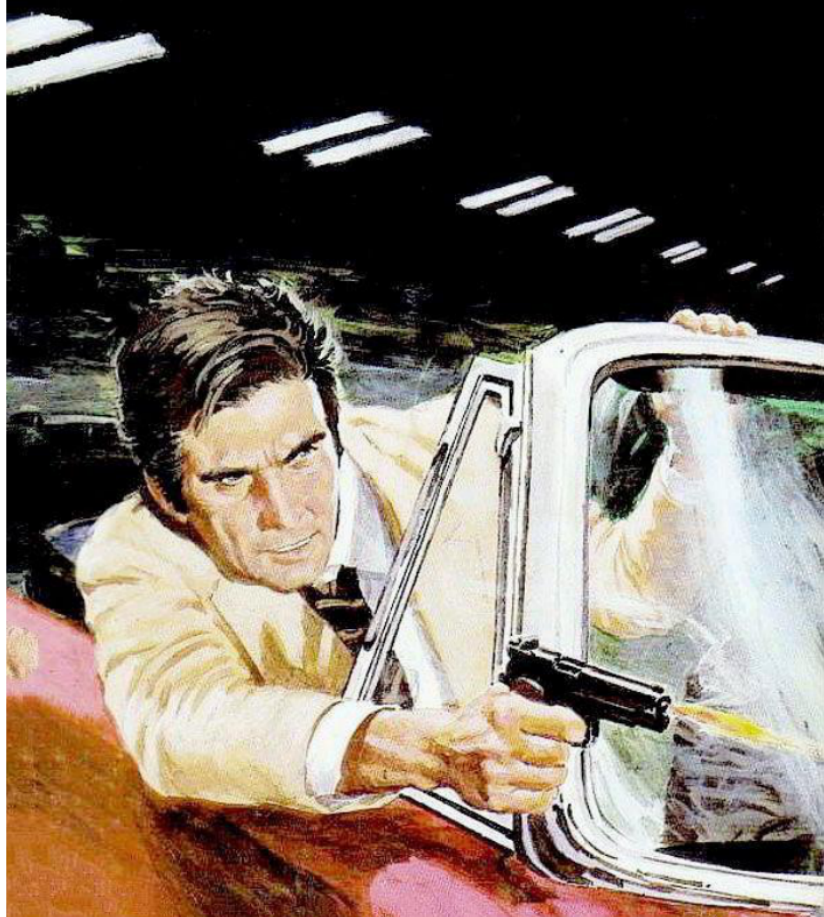




EL DISCO ROJO

de Clark Carrados



Cuando un hombre, joven, fuerte, robusto, con una salud a prueba de bombas, y nada mal parecido, dicho sea sin falsa modestia, se encuentra en la situación en que yo me encontraba en aquellos momentos, entonces, el nombre propio suena a burla. Es, como suele decirse, una ironía del destino.

Porque yo me encontraba arruinado y sin trabajo. El apellido es Kabb y el nombre Prosper. Los amigos hispanos me llamaban Próspero. Mi situación personal no concordaba en absoluto con el nombre. No había nada de prosperidad en mí aquel día, cuando la patrona me había arrojado a la calle, quedándose con mi maleta, ya que llevaba tres semanas sin pagarle el hospedaje.



Clark Carrados

El disco rojo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1460

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *El disco rojo*
Clark Carrados, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando un hombre, joven, fuerte, robusto, con una salud a prueba de bombas, y nada mal parecido, dicho sea sin falsa modestia, se encuentra en la situación en que yo me encontraba en aquellos momentos, entonces, el nombre propio suena a burla. Es, como suele decirse, una ironía del destino.

Porque yo me encontraba arruinado y sin trabajo. El apellido es Kabb y el nombre Prosper. Los amigos hispanos me llamaban Próspero. Mi situación personal no concordaba en absoluto con el nombre. No había nada de prosperidad en mí aquel día, cuando la patrona me había arrojado a la calle, quedándose con mi maleta, ya que llevaba tres semanas sin pagarle el hospedaje.

Yo había tenido un buen empleo, pero me habían despedido, por causas que más adelante se sabrán. Lo malo de mi buen empleo era que dependía de un hombre cuya bondad era comparable a la de un caimán hambriento en presencia de una presa apetitosa: es decir, ninguna. Espero haberme hecho entender con este juego de palabras. Lo que quiere decir que el empleo era bueno, pero tenía en contra el hecho de depender de un reptil con figura humana que, de pronto, me había puesto de patitas en la calle.

Mis escasos recursos se habían agotado hacía tiempo. El caimán con figura de hombre poseía en la ciudad las suficientes influencias para que nadie volviese a emplearme. Al menos, en los trabajos propios de mi especialidad. Y yo, que tenía mi orgullo, empezaba a pensar que eso no daba de comer y que en aquella ciudad había suficientes estaciones de servicio donde se necesitaban lavacoches y mozos para atender a los postes de gasolina o camareros para las cafeterías... No eran empleos dignos de mí, pero al menos llenaría la tripa.

Y podría también mejorar mi aspecto, ya que el traje que llevaba puesto, único que me quedaba, parecía recién sacado de un basurero. Mis zapatos tenían ya algunas grietas, de tanto pasear en busca de una colocación y, en los últimos tres días, mi barba había crecido en ausencia de una cuchilla de afeitar. La camisa necesitaba

también una urgente renovación y no llevaba corbata. Minutos antes, había pasado por delante de un escaparate, donde había podido ver reflejada mi imagen, y había sentido una viva compasión por aquel sujeto con aspecto de mendigo, sumido en la más completa derrota física y moral antes de cumplir los treinta años.

En aquellos momentos, yo me había parado en la acera, no lejos de un semáforo, en espera de ver la luz verde, para cruzar al otro lado. Acababa de recordar la existencia de un amigo, al cual pensaba pedirle prestados algunos dólares, para subsistir un par de días más. Si después de este plazo, y contando con que no encontrase el empleo que deseaba, tendría que dedicarme a lavar coches y llenar de gasolina sus tanques.

De pronto, a cuatro pasos de mí sonó un chillido femenino:

—¡Aaaah...! Jenny, te han raptado el niño...

Volví la cabeza maquinalmente. A poca distancia, dos emperifolladas damas, todavía jóvenes, estaban paradas, junto a un cochecito de niño, que era propiedad de una de ellas. La exclamación me alarmó un tanto, hasta que oí la respuesta de la propietaria del cochecito:

—No seas tonta, Mabel; el niño está en casa, con mi madre. Pero necesito el coche, porque voy a la compra al supermercado, y mi automóvil está en el taller y mi señor esposo ha tenido que salir de viaje en el suyo, demente, lo he dedicado al transporte de la carga de alimentos, eso es todo.

—Me tranquilizas, Jenny —dijo Mabel, con la mano sobre un pecho muy bien provisto de las necesarias redondeces—. Al ver el cochecito así, vacío, pensé...

—Tú ves demasiados filmes en la televisión —rió Jenny. Y, en aquel momento, empezaron a suceder cosas.

Primero, me pareció que caían algunas gotas. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Yo, instintivamente, hice lo que suele hacerse en estos casos: tendí la mano, para comprobar mis sospechas.

En el mismo instante, una señora de edad, tocada un sombrerito que parecía de principios de siglo y un paraguas, se detuvo delante de mí, abrió su bolso, sacó una moneda y me la puso en la mano.

—Tome, joven, pero no se la gaste en vino —dijo.

La boca se me abrió estúpidamente. Iba a decirle que yo no pedía limosna, pero, de pronto, pensé en mi aspecto. Bajé la vista, vi que la moneda era de medio dólar y renuncié a devolverla.

—Dios se lo pague, hermana —dije, con acento rebosante de gratitud.

La anciana me sonrió encantadoramente. Sacó una tarjeta de visita y me la puso en la mano.

—Si desea abandonar la mendicidad y buscar un trabajo bien remunerado, venga a verme, amigo mío. Adiós.

—Adiós, señora, y mil gracias.

Bueno, con medio dólar, podía comerme una hamburguesa y tomarme una cerveza o una taza de café... y la verdad es que ya tenía hambre. Empezaba a pensar en dónde podría gastarme aquella pequeña fortuna, cuando de nuevo se produjeron otros acontecimientos.

Jenny y Mabel continuaban en el mismo sitio, charlando furiosamente, como si no fueran a verse más en los días de su vida. Jenny tenía una mano en la barra de empujar su carrito, sobre la que se apoyaba negligentemente. En aquellos momentos, seguro, se había olvidado de la compra, del niño, de su marido de viaje... Eran dos ametralladoras que se disparaban mutuamente a toda velocidad.

De repente, vi a una chica que corría hacia mí.

Parecía huir de un grave peligro. Llevaba algo en la mano derecha y, con la izquierda, se sujetaba el sombrerito de colegiala, para evitar que se lo llevase el viento de la carrera. Cuando empezaba a preguntarme por qué corría tanto, vi a un hombre detrás de ella.

El sujeto la perseguía, saltaba a la vista. La chica hubiera podido escapar de él, si hubiese llevado pantalones en lugar de falda. Ésta era corta, quedaba a unos cinco centímetros por encima de las rodillas, pero tenía forma de tubo, lo que, lógicamente, le impedía mover las piernas con comodidad. Además, estábamos en un sector de la calle que hacía pendiente. En resumidas cuentas, el perseguidor contaba con la ventaja de la cuesta abajo.

Su cara no me gustó en absoluto. Era la cara del típico malo de película, tan mala, que por un momento pensé iba a ver a Starsky y Hutch corriendo tras él. Pero, claro, estos dos policías pertenecen al mundo de la ficción y lo que sucedía allí era la pura realidad.

La chica, preciosa, pasó por delante de mí. Algo cayó al suelo y tintineó opacamente, pero yo no me fijé en aquel detalle por el momento. Mis ojos estaban fijos en el perseguidor. El cual, por supuesto, tenía toda su atención centrada en la presa a la que esperaba capturar.

De pronto, cuando el tipo pasaba por mi lado, alargué el pie derecho.

Entonces, empezaron a ocurrir más cosas.

El hombre cayó hacia adelante, con los brazos extendidos, buscando un asidero. Lo único que encontró fue el cochecito del niño de Jenny, sobre el que cayó cuan largo era.

El cochecito era resistente y, aunque con algunas protestas de sus muelles, soportó bien el inesperado peso que le caía encima. Luego, debido al impulso recibido, se puso en movimiento.

Jenny y Mabel empezaron a chillar. Con el rabillo del ojo, vi que la chica se metía en una cafetería cercana. Pero ahora estaba muy ocupado viendo al perseguidor viajar en un vehículo que no había usado probablemente desde su nacimiento y que se deslizaba a toda velocidad calle abajo.

El cochecito saltó fuera de la acera e invadió la calzada. Los automóviles que circulaban empezaron a dar frenazos y emitir furiosos bocinazos. Dada la velocidad de la marcha, el sujeto no podía abandonar su insólito medio de transporte. O no tenía la suficientemente inteligencia para voltear de costado y dejarse caer al suelo.

Por todas partes sonaban gritos y risotadas. El viaje de aquel sujeto terminó de repente, cuando el cochecito se estrelló contra un blanco y negro de la Policía, cuyo conductor tuvo la suficiente habilidad para frenar a tiempo. El cochecito de niño quedó hecho una lástima. Los dos patrulleros se apearon. Uno de ellos ayudó a levantarse al abatido perseguidor. De repente, vi que lo empujaba sin consideraciones hacia el coche de patrulla. Sí, debía de ser un pájaro de cuenta y, seguramente, estaba reclamado por alguna autoridad.

Jenny y Mabel corrían hacia allí, chillando frenéticamente. Me imaginé el escándalo que iban a organizar, sobre todo, la dueña del cochecito de niño. Tendría que comprar otro...

De repente, vi a mis pies aquella cosa que había tintineado en el

suelo.

Era un disco de metal, pintado de rojo vivo. Me agaché a recogerlo. Pesaba bastante. Tenía unos diez centímetros de diámetro por medio de grueso. Por un momento, pensé que podía tratarse de plomo, pero yo entiendo de metales y en el acto me di cuenta de que un disco de plomo no habría resultado tan pesado como el que tenía en la mano.

La chica lo había perdido, no me cabía la menor duda. Volví la cabeza. Ella estaba ahora en la puerta de la cafetería, contemplando el jaleo organizado por su perseguidor. De repente, antes de que pudiera decirle nada, salió corriendo.

Yo quise seguirla, pero ella, en esta ocasión, fue más rápida. Subió a un taxi y algo debió de decirle a su conductor, algo agradable, por supuesto, ya que el coche arrancó como si le hubieran dado la salida en las 500 Millas de Indianápolis.

Los Ángeles es una ciudad grande. Cualquiera encontraba aquella chica, me dije. El disco pintado de rojo era suyo, no cabía la menor duda. Ahora se daría cuenta de que le faltaba...

Moví la cabeza. Ya no podía hacer nada, así que pensé en el medio dólar que había recibido como limosna y en la forma mejor de gastarlo, para que, aliviara la vaciedad de mi estómago.

De repente, pensé en la dama que me había socorrido. Saqué la tarjeta y leí:

**ROSABELLE ARDMORE
1844, Serra Avenue**

La señora Ardmore debía de ser muy caritativa. Me había prometido un trabajo bien remunerado, de modo que, ¿por qué no aprovechar la ocasión?

Además, si era tan buena como parecía, incluso me daría de comer. Así que, olvidándome por el momento de la hamburguesa, decidí gastarme veinticinco centavos en un billete de autobús.

* * *

La casa era grande, de estilo hispano, con tejado de tejas rojas y porche de arcos blancos. Estaba rodeada por un extenso jardín, con

un césped muy bien cuidado y abundantes macizos de flores. La señora Ardmore debía de ser una mujer muy bien situada, pensé. Al otro lado de una ventana, a través de los visillos, divisé la silueta de una mujer. Avancé unos pasos, me puse a gatas y acerqué la boca a la hierba.

La señora Ardmore abrió la ventana enseguida.

—¿Tiene hambre, joven? —gritó.

—Sí, señora...

—Venga, venga, por la parte de atrás...

Me puse en pie, caminé una cincuentena de pasos, di la vuelta la casa y me encontré con Rosabelle en la muerta posterior.

—Aquí, la hierba es más fresca y jugosa —dijo, con la risa bailándole en los ojos.

Yo también me eché a reír.

—Conoce la historia —dije.

—Claro. Ande, joven, entre en casa y venga a saquear mi frigorífico.

—Señora Ardmore...

—Señorita, por favor —corrigió ella—. Y no me trate con ceremonia. Mi nombre es Rosabelle y si no lo usa cuando se dirija a mí, retiraré la oferta que acabo de hacerle...

—Eso sí que no, Rosabelle —exclamé rápidamente—. Pero le advierto de antemano que no respondo de los daños y perjuicios que pueda ocasionarle por un consumo excesivo de alimentos. Ah, y mi nombre es Prosper Kabb.

Rosabelle sonrió encantadoramente. De joven, pensé, debía de haber sido toda una belleza. ¿Cómo no se había casado?

—Ven, Prosper —dijo la dueña de la casa—. Después de que hayas comido, te hablaré del empleo.

—Sí, señor... digo, sí, Rosabelle.

Treinta minutos más tarde, había dado fin a medio pollo frío, cuatro huevos con tocino, una jarra con leche rebosante de crema, un helado de medio litro y una cantidad análoga de café. Me recliné en la silla y miré a Rosabelle, henchido de felicidad.

—Sólo te falta eructar, pero no te reprimas por mí, Prosper —dijo ella de buen humor—. Envidio tu apetito, sinceramente. Y tu juventud...

—Oh, por favor, usted no es una anciana, precisamente.

—No seas adulator; ya no cumpliré los sesenta —cortó ella, con

cierta melancolía—. Pero, en fin, si hay algo que no se puede remediar, es el paso del tiempo. ¿Fumas, Prosper?

—No tengo tabaco, Rosabelle.

Ella se levantó, fue al interior de la casa y volvió a poco con una cajetilla.

—Quédatela —indicó—. Y ahora, hablemos de tu empleo...

De repente, se oyó ruido en la parte delantera de la casa. Sonaron unos tacones. Alguien entró en la cocina como un torbellino.

—Tía Rosabelle, he perdido...

La recién llegada se interrumpió bruscamente al verme. Yo me levanté, con la boca abierta.

Era la chica perseguida.

El momento de silencio que se había producido después de aquella avasalladora irrupción duró muy poco. La chica, abruptamente, exclamó:

—¿Quién es este tipo, tía?

—Mi nuevo empleado, Betty —respondió Rosabelle—. Precisamente, ahora me disponía a explicarle en qué va a consistir su trabajo...

La chica hizo una mueca de disgusto.

—Betty, no seas mal educada —le reprendió la dama—. Yo sé conocer a las personas y he podido darme cuenta de que este muchacho es, precisamente, el hombre que necesitamos. Prosper, tengo el gusto de presentarte a mi grosera sobrina Betty Ransome. Betty, el señor Kabb, Prosper de nombre.

—No tanto de posición —dije—. ¿Cómo está, señorita?

—Bien —repuso Betty, displicente. Se volvió hacia Rosabelle—. Lo siento, pero lo he perdido, tía.

—¿Que... lo has perdido? —exclamó la anciana—. Pero ¿cómo has podido...?

—Perdón —tercié, cortés—. Sin duda, su sobrina se refiere a este disco rojo.

Saqué el disco del bolsillo de mi raída chaqueta y lo puse sobre la mesa.

CAPÍTULO II

De nuevo hubo un instante de tenso silencio. Luego, Betty me miró con ojos incrédulos.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó hostilmente.

—Hace cosa de una hora, usted corría delante de un tipo que la perseguía. Yo le puse la zancadilla y el sujeto empezó a viajar en un cochecito de niño. Usted, mientras, se había refugiado en una cafetería. Cuando salió, quise alcanzarla, pero tomó un taxi y desapareció. El disco estaba en el suelo, lo recogí, lo guardé... y luego me acordé de Rosabelle Ardmore.

—Estaba pidiendo limosna —dijo la aludida.

No quise quitarle la ilusión y decir que lo único que había pretendido era comprobar si llovía o no.

—Un mendigo. —Los preciosos labios de Betty se acanutaron en una mueca de repugnancia—. Tía Rosabelle, menos mal que no te da por los animales; de lo contrario, esta casa estaría invadida de perros y gatos y qué sé yo...

—Por favor, no me compare con un animal —protesté.

—Betty, pide disculpas a Prosper —exclamó Rosabelle enérgicamente—. Tu parentesco conmigo no te da derecho a ser grosera con mis huéspedes. Además, te ha devuelto lo que perdiste por tu alocado comportamiento...

—Matt Fuller me perseguía —se defendió la chica.

—Razón de más para estar agradecida al que cortó el paso de ese forajido. Vamos, excúsate, Betty.

—Lo siento, señor Kabb —refunfuñó la muchacha.

—Prosper, se lo ruego —dije—. Está bien, pelillos a la mar. Oigan, ¿pueden contestarme a una pregunta?

—¿De qué se trata? —exclamó Rosabelle.

—Ese disco... No es plomo, pero pesa más que si lo fuera.

—Ah, es una aleación nueva... que tiene muchos pretendientes. Y no queremos que nos roben la primera muestra.

—Una aleación nueva —repetí—. ¿Para qué sirve, Rosabelle?

—Blindajes antirradiactivos.

—Eso es absurdo. No hay nada como el plomo...

—¿Qué sabes tú? —protestó la dama.

—Bueno, soy ingeniero y algo entiendo de este asunto.

—Excepto de las propiedades del

U-P.

—¿Cómo?

—*Ultra-Plombium* o ultra-plomo, en lenguaje inteligible. Es cierto que es más pesado que el plomo, a igualdad de volumen, pero, donde en un determinado lugar se necesitan, digamos, veinte centímetros de plomo como blindaje, con el

U-P,

sólo se necesitan dos. La superior densidad del

U-P

queda sobradamente compensada con la menor cantidad que se necesita emplear en un blindaje, exactamente, en la proporción de diez a uno.

Mi mandíbula inferior colgó bruscamente.

—¡Atiza! ¡Vaya un descubrimiento! —exclamé—. Es lo más sensacional que he oído desde hace mucho tiempo.

—¿Verdad que sí? —dijo Rosabelle de buen humor—. La fórmula nos pertenece a partes iguales a mi sobrina y a mí. A Betty, por herencia; a mí, por haber financiado los trabajos de laboratorio, que realizó su difunto padre.

—Oh, lo siento...

—Y ahora, una cuadrilla de tipos sin escrúpulos quiere robarnos la fórmula.

—Eso significa que si se apoderan del disco, tendrán la fórmula; porque basta analizar el metal de la aleación...

—No, es imposible. Mi cuñado era un tipo muy inteligente y escribió la fórmula, que guardó en alguna parte. Sin la fórmula escrita, la muestra de metal no sirve para nada.

Casi empezaba a comprender cuál era el trabajo que quería encomendarme Rosabelle.

—O sea, hay que encontrar esa fórmula...

—Para inscribirla en el Registro de Patentes y venderla a personas decentes y no a un tipo como Rodney Hartman.

—¡Rodney Hartman! —Estaba visto que aquél era el día de las sorpresas para mí—. Es precisamente el hombre que me despidió

hace algunos meses.

—¿Cómo? ¿Trabajaba para él? —exclamó Betty—. Tía Rosabelle, Prosper es un espía de ese miserable...

—No digas tonterías, sobrina —cortó la dama, amostazada—. ¿Cómo iba a saber Prosper que tú ibas a pasar por allí, perseguida por el bribón de Fuller?

—Pero tenía el disco...

—Y lo ha devuelto. Si fuese un espía de Hartman, como dices, se lo habría guardado. Ni siquiera has sabido reconocerlo al verlo en mi casa. Prosper es un excelente muchacho y un hombre honesto.

—Gracias, Rosabelle —dije, sonriendo.

La anciana me guiñó un ojo.

—Sé conocer a la gente —declaró—. Aunque no de una manera completa, porque me pareciste un detective privado, vigilando a alguien. Por eso quería darte trabajo.

—Bueno, tampoco soy un tipo torpe y los metales son mi especialidad. ¿Por dónde empiezo?

—Antes de seguir, dígame, Prosper: ¿Por qué le despidió Hartman?

La pregunta procedía de Betty. Me volví hacia ella.

—Me encomendó un trabajo que era una guarrada. Simplemente, le dije que tenía cierta dignidad y que no quería hacerlo. Entonces, me puso de patitas en la calle y juró que nadie me daría un empleo, mientras pudiese evitarlo. Es preciso reconocer que, hasta el día de la fecha, ha mantenido su palabra —admití tristemente.

—Hartman nació cerdo y morirá siéndolo —dijo Rosabelle rotundamente—. No me gustan los hombres que obligan a otros a hacer cosas que van en contra de sus convicciones.

—Hasta ahora, sólo contamos con su palabra, tía —objetó la chica.

—A mí me basta. Y no olvides que soy el socio mayoritario —contestó Rosabelle imperativamente. Volvió a mirarme—. Prosper, el único que, tal vez, conozca la fórmula, puede ser Emil Weiss.

—¿El ayudante de papá? —exclamó Betty.

—Sí. Weiss y tu padre estaban muy unidos. Si Emil no lo sabe..., pero tiene que conocer la fórmula, a la fuerza.

—Bien, en tal caso, creo que mis servicios sobran —dije—. Basta con que vean al señor Weiss y le digan...

—Prosper, tú nos has venido como caído del cielo —exclamó Rosabelle—. Es verdad que pensaba encomendar el asunto a un

detective privado, pero luego debería haber buscado a un analista de confianza. Teniéndote a ti, el detective sobra. Si encuentras la fórmula, comprobarás su bondad y podremos inscribirla en el Registro de Patentes.

—Muy bien —contesté—. Entonces, me dirán dónde vive Weiss y... Rosabelle me miró críticamente.

—Así no puedes moverte por la ciudad. Sigues pareciendo un mendigo y yo quiero que tengas mejor apariencia —dijo—. Te daré dinero para que te compres ropas nuevas...

—¡Tía! —protestó Betty.

—Sobrina, el dinero que voy a dar a Prosper es mío.

Rosabelle se dirigió hacia la puerta de la cocina, mientras Betty elevaba los brazos a lo alto, como clamando contra lo que estimaba una decisión disparatada. Pero, de repente, sonó el timbre de la puerta.

—Iré a abrir —dijo la chica.

Yo me quedé solo en la cocina. Apenas habían transcurrido veinte segundos, oí un grito de cólera:

—¡Usted! ¡Fuera de aquí! ¡Salga de esta casa inmediatamente o llamaré a la policía!

Alguien se burló de Betty.

—Tranquila, chica —dijo el recién llegado—. Yo y mi amigo Handy Starkey vamos a mantener una interesante conversación contigo y con la chiflada de tu tía. ¿Te imaginas el tema?

* * *

Cauteloso, me asomé a la puerta de la sala. Había dos hombres, uno de ellos, elegantemente vestido, con sombrero de ala abarquillada y bastón de caña de ébano. El otro era un matón profesional, tan repulsivo como Fuller: alto, fornido, con la cara llena de cicatrices y los puños como sacos de patatas.

Rosabelle apareció también en la sala, atraída por las voces.

—Pero si es mi viejo conocido Morton Clawbonny —exclamó alegremente—. El buen Clawbonny..., ¿qué le trae aquí, perro fiel de Hartman?

El hombre del sombrero hamburgués y el bastón de ébano soltó un bufido de disgusto.

—Señora, yo no soy perro fiel de nadie...

—Claro, no ladra. Pero hace lo mismo que un can: muerde cuando se lo manda el amo. ¿Y qué le ha mandado su amo hoy, Morton?

—Demasiado lo sabe, vieja —refunfuñó Clawbonny—. Queremos la fórmula.

—No la tenemos.

—Eso es lo que vamos a ver ahora. ¿Handy?

—Sí, señor Clawbonny —contestó el gorila.

De súbito, se apoderó de la muñeca derecha de Betty y le retorció el brazo a la espalda. La chica emitió un grito de dolor.

Rosabelle quiso intervenir, pero Clawbonny la apartó de un manotazo, lanzándola sobre un butacón. Empecé a pensar en la conveniencia de tomar parte en el asunto.

—Hola —dije, apareciendo de pronto.

Clawbonny me miró de muy mal talante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Supermán —contesté desenvueltamente—. Tú, cerdo asqueroso, suelta a la chica o lo tendrás que lamentar.

Starkey me miró despectivamente.

—¿Qué hago, jefe? —consultó.

Clawbonny avanzó hacia mí.

—Deja, yo me ocuparé de este mendigo —sonrió.

Dio unos pasos hacia mí y empezó a levantar el bastón. Yo fui más rápido y más sucio, y le clavé la puntera del zapato en la ingle. Clawbonny se desplomó, chillando como un gato atropellado por la bicicleta de un chico.

Starkey emitió un bufido y soltó a Betty. Yo me incliné velozmente y me apoderé del bastón de Clawbonny justo cuando el gorila caía sobre mí.

El bastón giró en semicírculo. Starkey no fue lo suficientemente rápido para detener el golpe, que le alcanzó de lleno en el lado izquierdo del cuello, arrancándole un aullido de dolor. Luego salté a un lado y volví a golpearle, ahora en plena boca. Starkey retrocedió, trastabillando, a la vez que escupía sangre, mezclada con mugidos de toro herido. El tercer golpe fue dirigido malignamente a su rodilla derecha, lo que le hizo iniciar una ridícula danza sobre un solo pie. Luego, una estocada a su blando estómago, le obligó a curvarse sobre sí mismo. La nuca quedó así

dispuesta para el golpe definitivo. Cuando cayó de bruces, me volví hacia Rosabelle.

—Siento las manchas de la alfombra —dije.

—No te preocupes, muchacho.

Clawbonny empezaba a levantarse en aquel momento, de espaldas a la dueña de la casa. Rosabelle agarró un jarrón situado sobre una mesita y lo estrelló contra su cabeza. El jarrón se rompió y Clawbonny cayó de espaldas, con los pies en alto.

—Betty, abre la puerta —dije.

La chica, todavía atónita por la rapidez con que se habían desarrollado los acontecimientos, abrió sin rechistar. Yo agarré a Clawbonny y lo arrastré fuera de la casa. Luego repetí la operación con el gorila, aunque me costó más, debido a su peso.

El coche estaba parado frente a la casa. Esperé junto a la entrada, hasta que los dos sujetos pudieron ponerse en pie.

—Lárguense —ordené—. Ellas no quieren cederle la fórmula a ningún precio.

Clawbonny me miró atravesadamente.

—No le había reconocido antes, pero ahora ya sé quién es —dijo—.

A Hartman no le va a gustar su intervención en este asunto.

—Seguro. A Hartman no le gustaba lo que yo hacía en los últimos tiempos. Pero eso, créame, no me quita el sueño. ¡Fuera!

—Al menos, devuélvame el bastón...

—¿Me ha tomado por tonto? Cómprese otro.

Clawbonny apretó las mandíbulas.

—Volveremos a vernos —prometió.

—No lo deseo, pero tampoco me quitará el sueño.

Esperé irnos momentos, hasta que aquellos dos tipos se hubieron alejado. Luego regresé a la casa.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté.

Había una chispa de alegre malicia en los ojos de Rosabelle.

—Muchacho, encontrarte a ti hoy, pidiendo limosna, ha sido mi suerte —dijo—. Sí, es verdad eso que dicen hay una Providencia especial que vela por los tontos, los borrachos... y las ancianas solteronas desvalidas. Pero no perdamos más tiempo; es preciso ponerse en campaña inmediatamente.

—¿Qué es lo que debo hacer, Rosabelle? —pregunté.

La dama fue a un escritorio de persiana que formaba parte del

mobiliario de la estancia, sacó una llave que pendía de su cuello, lo abrió y extrajo del mismo una cajita metálica. A los pocos minutos, tenía yo en las manos diez hermosos billetes de cincuenta dólares.

—Rosabelle, es demasiado...

—Cómprate ropa nueva; estás hecho una ruina —cortó ella imperativamente—. Y tú, sobrina, acompáñale, y cuando se haya equipado, guíale a casa de Weiss. El llevará el peso de la conversación, en el aspecto científico. ¿Entendido?

—Supongo que no puedo negarme —dijo la chica con notoria impertinencia.

—No, no puedes negarte —replicó su tía, empleando un tono que no admitía réplica.

CAPÍTULO III

Parado ante la casa, había un «Mercedes 480 SL», descapotable, color verde metalizado, que era una gloria para la vista. Yo miré a la chica estupefacto.

—¿Es tuyo?

—No soy ladrona de automóviles. Siéntese. —Te vi tomar un taxi...

—El coche había quedado en el estacionamiento de unos grandes almacenes. Me pareció que Fuller no iba solo y preferí tomar un taxi, para despistar a su acompañante. He estado dando vueltas casi una hora, hasta tener la seguridad de que no era seguida. Entonces, volví al aparcamiento, recogí el coche... y me lo encontré a usted en casa de mi tía. Por cierto, ¿cómo entró en contacto con ella?

—Yo estaba pidiendo limosna en la esquina de la calle donde puse la zancadilla a Fuller. Tu tía me dio medio dólar y una tarjeta de visita. Luego vine a la casa y me puse a comer hierba del jardín. Rosabelle me vio y me hizo pasar a la parte posterior, donde la hierba era más fresca y jugosa. Sí, tenía razón; he comido como nunca. Esa hierba es la mejor del mundo, puedo garantizártelo.

Betty me miró como si estuviese junto a un loco. De pronto, soltó el embrague, pisó el acelerador y el «Mercedes» arrancó como si fuese un cohete. Yo estuve a punto de irme al asiento posterior, pero logré agarrarme oportunamente al parabrisas.

—Cuidado con los motoristas de la policía —grité.

—No se preocupe; yo pagaré la multa. Oiga, ¿de veras le gusta la hierba?

—Es riquísima. No hay nada mejor para la salud... Betty soltó un bufido.

—Loco, está loco de remate —barbotó—. Le diré una cosa...

—Trátame de tú, anda; no soy tan viejo —solicité amablemente.

—Como quieras, pero ten en cuenta que si resultas ser un espía de Hartman, te arrancaré los ojos con mis propias manos. ¿Está claro?

—¿Conoces a Hartman?

—Sí.

—Entonces, habla con él y pregúntale por Prosper Kabb, que soy yo.

Prepárate para oír los más escogidos juramentos que se conocen en este mundo, más los que se inventa cada vez que alguien le menciona mi nombre.

—¿Por qué, Prosper?

—Yo era ingeniero en una de sus empresas, en donde se elaboran determinadas piezas de metal. En esa fábrica se trabaja por un contrato del Gobierno. Para ganar más, hizo que el metal fuese de baja calidad. Cuando me negué a tomar parte en el juego, me despidió.

—Un tipo honrado, ¿eh?

—Modestia aparte, por tal me tengo —respondí.

Betty apretó los labios y se concentró en la conducción del coche. Un cuarto de hora más tarde, se detuvo en el estacionamiento de un supermercado.

—Anda, cómprate la ropa —dijo—. Te aguardo aquí.

—Está bien.

Treinta minutos después, volví vestido con una sencilla cazadora de loneta, pantalones tejanos, zapatillas blandas y una camisa a cuadros. En la mano llevaba una bolsa con otra camisa y algo de ropa interior. También me había comprado una maquinilla eléctrica de afeitar, con la que, en los lavabos, me había dejado la cara limpia. Al verme, Betty me miró con asombro.

—Estás desconocido —comentó.

—No soy feo del todo —dije. Lancé la ropa al asiento posterior y me senté a su lado—. ¿Dónde está la casa de Weiss?

—A nueve millas al sur, cerca de la playa. Le gusta la soledad.

—¿No había un laboratorio...?

—Se desmanteló, después de la muerte de mi padre.

—Oh... ¿Qué le pasó? Es decir, si no es una pregunta indiscreta...

—Le pegaron un tiro.

Guardé silencio durante unos segundos.

—Lo siento —dijo al cabo—. ¿Han encontrado al asesino?

—No.

—¿Se conocen los motivos del asesinato?

—Oficialmente, se habló de un crimen por celos. Mi padre merodeaba en torno a una divorciada de treinta y cuatro años. Esa mujer tenía un pretendiente, que ha desaparecido. Se supone que fue ese tipo el que lo asesinó, para eliminar un competidor. Pero yo

no lo creo.

—¿No?

—No. En el fondo, el

U-P

es el culpable de la muerte de mi padre.

—Si ese metal tiene las propiedades que se dicen, su fórmula puede reportar millones a su poseedor.

—Por eso la quiere Hartman. Oye, me parece que nos están siguiendo —dijo Betty súbitamente.

Volví la cabeza. A cincuenta o sesenta metros de nosotros, se divisaba un enorme «Chevrolet» azul claro, último modelo. En el asiento delantero había dos tipos, pero la distancia era excesiva para captar detalles fisonómicos.

De pronto, Betty dobló hacia la derecha. El «Chevrolet» nos siguió puntualmente. El siguiente viraje, a la izquierda, nos convenció de que, efectivamente, éramos seguidos por aquellos dos individuos.

—Déjalos de mi cuenta, Prosper —exclamó la chica.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en los labios. Durante unos minutos, Betty prosiguió conduciendo con toda normalidad. De pronto, enfilamos la carretera costera.

—Vas a ver —dijo.

El «Mercedes» siguió a velocidad normal un par de minutos más. De súbito, dimos alcance a un enorme camión con remolque, que marchaba a unos noventa kilómetros por hora. Betty acompasó su velocidad a la del camión y el «Chevrolet» se mantuvo a la misma distancia.

De súbito, Betty efectuó un rapidísimo cambio de marchas. Metió la tercera, pisó a fondo y el «Mercedes» rugió, a la vez que se lanzaba hacia adelante como un bólido para adelantar al camión. Cuando nos desviábamos a la derecha, consumado el adelantamiento, vi que venía otro camión pesado en sentido contrario. El conductor del «Chevrolet» tuvo que renunciar a la maniobra, para no estrellarse contra el camión que venía en dirección opuesta. Entonces, Betty pisó el freno a fondo.

Detrás de nosotros, se oyó un tremendo estrépito de frenos. Para no aplastarnos, el conductor del camión que ahora nos seguía, también aplicaba a fondo sus frenos. Un segundo después, se oyó un ruido horroroso.

Betty volvió a acelerar. La carretera hacía curva a la izquierda y ello me permitió ver al camión y al «Chevrolet» parados. El automóvil tenía todo el morro debajo de la zaga del camión, cuyo conductor se apeaba en aquellos momentos, con cara de muy pocos amigos, me imaginé. Los ocupantes del «Chevrolet» también se habían apeado. Iban a sonar palabras gruesas, pensé.

—Eres una diablesa —exclamé.

—Seguramente, son hombres de Hartman. Se lo tenían bien merecido —contestó ella despectivamente.

Poco después, abandonamos la carretera, por un caminito que conducía a un paraje donde había varias edificaciones desperdigadas. En la playa solitaria dormitaban las gaviotas. Al ruido del motor, se despertaron y alzaron el vuelo, graznando en son de protesta. De pronto, Betty aplicó el freno y el coche se detuvo.

—Ésa es la casa de Weiss —señaló con la mano.

El edificio estaba en la ladera, parcialmente apoyado en la tierra y en cuatro grandes postes de sustentación. Una escalera de madera, con barandilla, en zigzag, conducía a la amplia veranda delantera, protegida por una gran marquesina en voladizo. Era un lugar muy agradable, ciertamente.

Salimos del coche y emprendimos la ascensión. Al llegar a la puerta, Betty tocó con los nudillos.

Nadie nos contestó.

—Habrá salido... quizá por provisiones —sugerí.

Betty dio la vuelta a la casa, que tenía veranda corrida, y regresó a los pocos instantes.

—El coche está ahí. En todo caso, ha podido salir a dar un paseo por la playa, pero le aguardaremos.

—¿Dentro o fuera?

Betty vaciló. La puerta era, en parte, de cristales, con visillos, que no tapaban por completo la visión del interior. Me acerqué, puse la mano encima de los ojos, para eliminar reflejos, y vi algo que me hizo dar un vuelco al corazón.

—Betty...

—¿Sí, Prosper?

—Creo que... Weiss está muerto.

Betty emitió un pequeño grito. Yo saqué un pañuelo, lo puse sobre

el pomo y abrí la puerta.

—No mires —dije enérgicamente.

Weiss yacía boca abajo, con el brazo derecho extendido y la pierna del mismo lado bajo la izquierda. Sus cabellos grises estaban manchados de algo que ya tenía color rojo oscuro. Detrás de la oreja izquierda, se divisaba el orificio de la bala que le había causado la muerte instantánea.

El interior de la casa ofrecía un aspecto horrible. Todos los muebles habían sido registrados. Había montones de libros esparcidos por el suelo y hasta el tapizado del diván y los sillones aparecía desventrado a navajazos. Resultaba indudable que el asesino había estado buscando algo y era fácil adivinar el motivo de tan frenética búsqueda.

Detrás de mí, Betty empezó a temblar.

—Prosper...

—Tenemos que avisar a la policía —dije por encima del hombro—. Pero...

—Nena, aquí se ha cometido un asesinato. No pueden culparnos a nosotros. El pobre Weiss ha muerto hace bastante rato; la sangre ya está seca. Cuando vengan los policías, di que queríamos visitarle por... asuntos que quedaron pendientes entre él y tu padre. No declares los verdaderos motivos, ¿entendido? Ni se te ocurra mencionar la fórmula del

U-P.

—Está bien. ¿Y después?

Entorné los ojos.

—¿Conocías tú a algunas de las amistades de Weiss? —pregunté—. Me refiero a amistades íntimas, claro.

—Sólo puedo darte un nombre: Julia Serna. Es una viuda de unos cuarenta años y le apreciaba mucho. Ella conocía a Weiss a fondo... Bueno, en realidad, eran... amantes.

—Ya entiendo. ¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—Me lo dirás más tarde —contesté, a la vez que avanzaba hacia el teléfono. Levanté el auricular y marqué un número—. Operadora, por favor, con la central Je policía...

La ambulancia del forense se marchó y también un par de coches de patrulla. El teniente Hubner se acercó a nosotros.

—Necesitaré que vayan a firmar la declaración. Mañana, a las nueve de la mañana, por favor, en mi despacho.

—Bien, teniente —contesté.

Hubner se disponía ya a marcharse, pero, de pronto, se volvió hacia mí.

—Por cierto, señor Kabb, no me ha dicho su dirección...

—Avenida Serra, mil ochocientos cuarenta y cuatro.

—Gracias. Señorita...

Hubner se marchó. Betty y yo quedamos a solas. Ella estaba muy furiosa.

—¿Por qué has dado la dirección de mi casa? —exclamó.

—¿Tuya o de Rosabelle?

—Es lo mismo. Yo vivo allí.

—Y yo no tengo adonde ir, porque esta misma mañana me echaron de la pensión donde me alojaba, por falta de pago. Pero no te preocupes; con una manta tendré más que suficiente. Dormiré en el jardín...

Betty echó a andar rápidamente hacia su coche.

—Eres insoportable —farfulló.

Atardecía ya cuando entrábamos de nuevo en Los Ángeles. Diez minutos más tarde, hice que Betty detuviera Si coche.

—¿Por qué he de parar? —preguntó, curiosa.

—Porque me quedo aquí. Iré a casa dentro de una hora. Ten preparada la manta —contesté, a la vez que abandonaba el «Mercedes».

Nos habíamos detenido ante un local que llevaba el bonito nombre de El Cálido Regazo. El dueño se llamaba Johnny Mumsey y era buen amigo mío. Años atrás, habíamos hecho el servicio militar juntos y nos habíamos corrido unas cuantas juergas de las que hacen época. Luego, nuestros caminos se habían separado..., aunque de cuando en cuando, acudía a tomar una copa en su casa. Johnny era todo un humorista; de ahí el nombre de su local. Pero también sabía más chismes de Los Ángeles que todos los policías juntos.

Cuando entré en el bar, Johnny charlaba con una rubia de abundantes pechos y sólidas caderas. A Johnny le gustaban

robustas; quizá porque él era delgado y de mediana estatura. Alguna vez se lo había reprochado, pero él contestaba invariablemente que más valía una mujer que pesara cien kilos que un hombre esbelto. Y con ello zanjaba incuestionablemente el asunto.

Al verme, Johnny se enderezó y abandonó la contemplación del escote femenino.

—Vienes a pedir socorro —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —exclamé.

Johnny me guiñó un ojo.

—Si no hubieses sido tan orgulloso, habrías venido aquí el día en que te despidió ese cabronazo de Hartman. ¿Qué quieres tomar, Prosper?

—¿Se llama Prosper? —preguntó la rubia, extrañada.

—Sí, pero el nombre no se corresponde con la realidad, preciosa. Estoy arruinado. Ella hizo una mueca.

—Entonces, no me interesas —dijo. Dio media vuelta y yo la aticé un soberbio pellizco en una de sus carnosas nalgas. Ella chilló y Johnny tuvo que aplicarse denodadamente a calmar su cólera. Tras haberlo conseguido, se encaró de nuevo conmigo.

—¿Y bien, Prosper?

—El mostrador no es un buen sitio para conversar, Johnny —dije.

CAPÍTULO IV

Johnny sirvió dos vasos y puso el pie derecho sobre una silla, mirándome fijamente.

—Empieza, Prosper —invitó.

Tomé un trago. Luego inicié mi relato.

Incluso mencioné el

U-P.

Sabía que podía confiar en Johnny. Al terminar, Johnny dijo:

—Hartman se mete cada vez en negocios menos limpios, y no hablo de drogas o prostitución, ni protección a negocios. El no hace nada de eso, pero sí se ocupa de ciertos políticos locales. Prefiere las contratas de construcción y suministros de materiales... En fin, tú me entiendes. Sin embargo, eso del

U-P

es completamente nuevo para mí.

—Averigua lo que puedas, Johnny —solicité.

—No será fácil, pero tendré los ojos y los oídos bien abiertos. De todas formas... Recuerdo que el asesinato del padre de esa chica hizo bastante ruido. Andaba detrás de una linda divorciada... No se lo merecía, desde luego; ella es más puta que las gallinas, pero a cierta edad, se pierden las perspectivas... Para mí, Jean Clairmont sabe más de lo que declaró a la policía.

—De modo que se llama Jean Clairmont.

—Sí. Luego, cuando salgamos, miraré mi agenda privada y te daré el domicilio. Puede que la entrevista con esa golfa te resulte interesante.

—Así lo espero, Johnny. Dime, ¿conoces a una tal Julia Serna?

Johnny levantó un ojo al techo y estuvo así unos segundos.

—Sí, una mujer excelente —respondió al cabo—. También tengo anotada su dirección... Me eché a reír.

—¿Tienes una agenda o un fichero? —exclamé.

—Lo que tengo es muy mala memoria. Por eso anoto todo lo que algún día pueda interesarme. Vienen a verme muchos detectives privados. La vida es así, no le des vueltas, Prosper, y el negocio,

aunque no marcha mal, tampoco me llevará algún día a la riqueza. Cada vez que un detective viene a preguntarme algo, y no pasa un día sin que uno o dos entren por la puerta de mi casa, son veinte dólares. Tarifa fija, Prosper.

—Y a la policía, ¿qué le cobras?

—Protección. Cuando algún cliente se desmanda y trata de causarme algún estropicio, no tardo ni un minuto en tener a la puerta un coche de patrulla.

—Una sana política, Johnny —aprobé. Levanté mi vaso—. Por los viejos tiempos, Johnny.

—Por los viejos tiempos, Prosper..., y que un día se haga realidad lo de tu nombre.

—Así lo espero.

Me puse en pie. Cuando ya iba a salir, Johnny me formuló una observación:

—Prosper, si averiguo algo y no te veo, ¿adónde te llamo?

Hurgué en mis bolsillos y saqué la tarjeta de Rosabelle, en la que figuraba el teléfono.

—Si no estoy yo, dale a ella el recado —dije.

Johnny leyó el nombre.

—Debe de ser guapísima —exclamó.

—Aún lo es y eso que ya no cumplirá los sesenta años —repuse, para sorpresa y asombro de mi amigo.

Un minuto después, tenía en el bolsillo la dirección de Jean Clairmont. Me despedí de mi amigo y, puesto que ahora podía permitírmelo, tomé un taxi para dirigirme al número 1844 de Serra Avenue.

Cuando iba a llamar a la puerta, alguien abrió desde el interior. Una manta voló por los aires y fue a darme de lleno en la cara.

—¡Toma, y que duermas bien abrigado! —exclamó Betty coléricamente.

Sonó un terrible portazo. Yo me quedé un momento indeciso, con la manta en las manos. Luego, sonriendo, di la vuelta a la casa.

Rosabelle me aguardaba en la puerta trasera.

—Esa chica tiene su genio, ¿eh? —comentó jovialmente—. Anda, entra y cuéntame lo que ha pasado.

—Con mucho gusto —dije—. ¿Queda algo en el frigorífico?

—Sí, aún has dejado algo para la cena.

—Gracias, Rosabelle.

Me senté ante la mesa. Entre bocado y bocado, le conté todo lo que había hecho desde el momento en que salí de casa, con la sobrina. Al terminar, Rosabelle dijo:

—Para no ser un detective profesional, has sabido moverte bien y rápido, Prosper. ¿Piensas ver mañana a Jean Clairmont?

—Y a Julia Serna. Son dos entrevistas que estimo indispensables y que pueden resultar interesantes.

—Pobre Weiss... La culpa de su muerte es la fórmula, pero ahora queda la duda de si la soltó antes de morir...

—No, porque la casa estaba terriblemente revuelta, lo cual significa que el asesino estuvo buscándola como un náufrago busca una tabla para mantenerse a flote. Además, esa fórmula no se reduce solamente a cuatro letras y seis cifras, sino que, forzosamente, tiene que ocupar mucho espacio, puesto que, además de la composición de la aleación, es preciso explicar detalladamente el proceso de fusión de los metales que la componen. Posiblemente ocupe un buen puñado de cuartillas..., pero ¿dónde están?

—Sí, ése es el problema. De todos modos, confío en que consigas encontrarla, Prosper.

—No resultará fácil, Rosabelle.

—En este mundo, no hay nada fácil —dijo ella sentenciosamente—. Por cierto, Betty ha regresado bastante cabreada.

Aquel lenguaje en una dama tan pulcra me hizo respingar. Rosabelle soltó una de sus características risitas.

—De cuando en cuando, sienta bien un desahogo verbal —continuó—. Betty dijo que te había visto entrar en un infecto tugurio, denominado El Cálido Nido...

—Regazo —puntalicé—. Es de un buen amigo y allí conseguiré información, aparte de la que ya me ha facilitado. Si le llama un tal Johnny Mumsey, tome nota de todo lo que le diga.

—Está bien. Betty dijo también que te había visto pellizcando a una furcia...

—Se me fue la mano —dije, guiñándole un ojo.

—Es una lástima —suspiró Rosabelle—. Yo ya no estoy en edad de que se le vaya la mano a ningún hombre...

—Me hubiera gustado conocerla en su juventud. Debió de ser usted algo sensacional.

—Sí, pero ya ves, no me casé... —La anciana se puso melancólica un instante—. Prosper, vamos a dejar de lamentarnos; llorar por los tiempos pasados no ayuda a vivir mejor el presente. Coge la manta y ve al cobertizo de las herramientas. Allí hay una cama y una colchoneta. Betty no quería dejarte entrar en casa... y es mi sobrina y no puedo tampoco enfrentarme abiertamente con ella.

—Sí, comprendo. No se preocupe.

—De todas formas, procuraré suavizar un poco la tensión. Los jóvenes no suelen ser muy comprensivos, Prosper.

—Eso se cura con la edad —dijo alegremente, ya con la manta bajo el brazo.

Estaba cansado. El día había sido muy movido y, apenas me tumbé en el camastro, me quedé dormido instantáneamente.

Pasada la media noche, y pese a mi sueño profundo, me despertó un ruido que se me antojó sospechoso inmediatamente.

Me había acostado vestido, aunque con los pies descalzos. El ruido me hizo sentir cierta alarma en el acto.

Abandoné la cama inmediatamente. El cobertizo tenía una ventana con cristales un tanto polvorientos. Pasé la mano a uno de los vidrios y atisé lo que sucedía fuera.

Había dos hombres y, a juzgar por las trazas, se disponían a asaltar la casa.

* * *

En el cobertizo abundaban las herramientas de jardinería. Sin encender la luz, busqué algo que me sirviese como arma ofensiva. No tardé mucho en encontrar el mango de un pico, todavía en buenas condiciones. Abrí la puerta en silencio y corrí entre las sombras hacia la casa.

Los dos intrusos estaban junto a la puerta posterior. Situada detrás de la esquina, observé los movimientos que hacían con algún instrumento, para forzar la cerradura.

—Tendremos que romper algún cristal —dijo uno de ellos.

—Ni hablar —protestó el otro—. Haríamos ruido y despertaríamos a las mujeres... No puedes darte una idea de lo que chillan dos mujeres a medianoche, cuando alguien asalta su casa. Antes de dos minutos, tendríamos aquí a todas las patrullas nocturnas...

Los dos sujetos estaban vueltos de espaldas a mí, concentrados en su tarea de abrir la puerta sin llave. Debía de tener una cerradura reforzada, pensé, mientras, paso a paso, con el silencio de un gato que ya se dispone a cazar su ratón, me acercaba a ellos.

El primer golpe resultó perfecto. Uno de los sujetos se desplomó en el acto, sin saber qué le había sucedido. Pero el otro oyó el ruido y empezó a volverse, por eso mi primer golpe no resultó tan efectivo. Aun así, le hice tambalear, pero, a pesar de todo, quiso sacar una pistola.

Moví el garrote y le aticé un buen golpe en la muñeca. Luego otro en plena frente. El intruso se desplomó de bruces.

Entonces se abrió la puerta. Rosabelle apareció en camisón, con una lámpara en la mano izquierda.

—He oído ruido...

—Y asoma la nariz a ver qué pasa —dije, malhumorado—. Si no estoy yo, esos dos tipos le habrían dado un susto.

—¿Quién habría dado un susto a quién? —rió la sorprendente anciana, a la vez que sacaba a relucir un enorme pistolón, hasta entonces situado a su espalda—. Este «Colt» 45 mete el miedo en el cuerpo al más valiente, muchacho.

—Retiro lo dicho, Rosabelle. Y ya que está aquí, ¿quiere ayudarme?

—¿Qué es lo que debo hacer, Prosper?

—Vigíelos, mientras busco cuerdas. ¿Hay esparadrapo en el botiquín del cuarto de baño?

—Sí, claro...

—Aguarde aquí. Si se despiertan, que no se muevan.

—Descuida, muchacho.

Lo primero que hice fue tapparles la boca. Luego, con cuerdas que encontré en el cobertizo, até sus muñecas y, sucesivamente, los llevé hasta el coche que les había traído hasta la casa y que estaba a corta distancia. Me senté tras el volante, di el contacto y arranqué.

Media hora más tarde, detuve el coche frente a una lujosa residencia, rodeada por una alta tapia. Bajé, toqué varias veces el timbre de llamada y eché a correr.

Rosabelle me aguardaba en el «Mercedes». Apenas me tuvo a su lado, pisó el pedal del gas y arrancó como si nos persiguieran diez mil diablos.

—Esto es maravilloso —gritó, por encima del estruendo del motor y

del rugido del viento—. Me siento como si, de repente, me hubiesen quitado de encima cuarenta años.

—Lástima que no sea cierto, Rosabelle. La de cosas que íbamos a hacer usted y yo...

Ella rió alegremente. De súbito, escuchamos por detrás de nosotros el alarido de una sirena.

Unos faros emitieron vivos destellos. Rosabelle comprendió y se desvió a la derecha. El patrullero ele noche se nos atravesó a los pocos segundos. Uno de sus ocupantes vino hacia nosotros. Su compañero quedó en pie, junto al coche, con la mano prudentemente puesta sobre la culata de su revólver.

—¿Qué les pasa, amigos? —dijo el policía—. ¿Volaban demasiado bajo porque era de noche y no veían bien el suelo para orientarse?

—Nada de eso, agente —contestó Rosabelle con todo desparpajo—. Me acuso de secuestro con fines inmorales. Este pobre muchacho no quería casarse conmigo, para reparar mi honor mancillado, y me lo llevé de su casa, arrancándolo a los amantes brazos de su madre, enferma e inválida...

El policía vio la bata y el camisón y empezó a dudar de su integridad mental. Rosabelle parecía hablar completamente en serio y, en cuanto a mí, me mantenía callado y circunspecto.

Hubo un instante de silencio. Luego, el policía comprendió la broma.

—Señora, pórtese con prudencia a partir de ahora —aconsejó, a la vez que guardaba su libreta—. Ya peina canas, me parece.

—Por desgracia, agente —respondió la conductora—. ¿Podemos seguir?

—Pero no rebase el límite, ¿eh?

—Descuide.

Rosabelle arrancó de nuevo. Una estruendosa carcajada brotó de sus labios.

—¿Se lo habrá creído, Prosper?

—Si yo hubiese sido ese policía, la habría llevado inmediatamente al calabozo —refunfuñé—. Me parece que no voy a subir más a este coche; entre la tía y la sobrina, me van a provocar el infarto.

Rosabelle volvió a reír.

—¡Estoy disfrutando como nunca! —gritó.

CAPÍTULO V

Mientras apretaba el timbre de la puerta, pensé en la sorpresa de Hartman cuando alguien encontró a sus dos esbirros, en el asiento trasero del coche, atados y amordazados. Sería un buen aviso, me dije.

Lo malo era que los tipos como Hartman no solían hacer caso de semejantes avisos. Debería tenerlo en cuenta continuamente.

Al fin se abrió la puerta y Jean Clairmont apareció ante mis ojos.

Era tan hermosa como me habían asegurado, aunque había en su rostro cierta expresión de dureza que no me agradó demasiado. Llevaba puesta una bata muy decorada, debajo de la cual se adivinaban las formas rotundas de un cuerpo todavía con grandes atractivos. Sí, viéndola, se comprendía que un hombre como el padre de Betty se hubiera sentido loco por ella, sobre todo, si se pensaba que el difunto señor Ransome había pasado ya de los cincuenta años..., la edad apropiada para que muchos hombres sensatos empiecen a hacer tonterías.

—¿Qué desea? —preguntó Jean secamente.

—Hablar con usted, señorita Clairmont. Mi nombre es Kabb y estoy realizando investigaciones sobre un asunto del que usted, tal vez, ha oído hablar. Quizá lo oyó mencionar a Irving Ransome.

Ella se puso rígida inmediatamente.

—No sé nada —contestó.

—Pero usted y el señor Ransome...

—Cuando lo asesinaron, habíamos roto toda relación. Ya no había nada entre nosotros.

—Pensé que estaban prometidos.

—Lo estuvimos, pero como digo, rompimos el compromiso. Más o menos, una semana antes de su muerte.

—¿Por qué esa ruptura de relaciones, señorita Clairmont?

—Es un asunto íntimo, que no compete sino a los directamente interesados, señor Kabb.

—Quizá también le interese a la hija de Ransome.

—¿Investiga usted por su cuenta?

—Es posible. ¿Qué me dice, señorita?

—Ya lo ha oído todo. Buenos días, señor Kabb.

De súbito, se oyó una voz en el interior de la casa. Todavía estábamos en la puerta. La orgullosa Jean no me había permitido cruzar el umbral.

—¿Quién es, Jean? —preguntó el hombre.

—Un tal Kabb, investigador privado. Ha venido a hacerme preguntas sobre Ransome.

El hombre se hizo visible. Era alto, delgado, de rostro huesudo, pero no esquelético, ligeramente calvo y de ojos fríos y penetrantes.

—¿Te ha enseñado la documentación de detective privado, querida?

—inquirió el sujeto.

—Yo no he dicho que sea detective privado; simplemente, dije que hago investigaciones por cuenta de una amiga mía, la señorita Ransome —puntualicé.

El tipo hizo chasquear sus dedos.

—Fuera —ordenó.

—Sí, señor, ya me iba. Señorita Clairmont, le dejaré un número de teléfono...

—No quiero su teléfono para nada —exclamó Jean con sequedad.

Miré al sujeto, seguramente su amante. Cada vez me gustaba menos. Aquella cara daba frío.

—Siento haberles molestado —me despedí.

Y, sin saber por qué, me sentí muy contento de abandonar aquella casa.

Pensé en el padre de Betty. Pobre hombre. Había confiado en una mujer, a la cual había pensado hacer su esposa... Si lo supo antes de morir, y todo parecía indicarlo así, debía de haberse llevado un tremendo chasco. Suspirando resignadamente, volví a la calle. Tomé un taxi y le indiqué la dirección de Julia Serna.

* * *

Cuando me disponía a llamar a la puerta, me pareció oír ruidos extraños en el interior. Agucé el oído y pude captar el inconfundible chasquido de una bofetada.

Alguien golpeaba a Julia, adiviné en el acto. Abrí cautelosamente y presencié una escena muy desagradable.

Cerca de la puerta, de espaldas a mí, había un sujeto con las manos en los costados, contemplando a otro que golpeaba a Julia sin el menor escrúpulo. La pobre mujer estaba acurrucada en un sillón, tratando de defenderse en vano de los golpes que caían sobre ella como espesa lluvia primaveral.

—Vamos, perra, suéltalo... Tú tienes que saberlo a la fuerza... Weiss no tenía secretos para ti...

—No sé nada... Yo no me ocupaba para nada de sus trabajos... —respondió Julia entrecortadamente.

Todavía no habían advertido mi presencia. Miré a mi derecha y vi un jarrón sobre una consola. Lo levanté con todo cuidado y, de súbito, lo estrellé contra la cabeza del sujeto que tenía más cerca de mí.

El matón se desplomó instantáneamente. Su compinche oyó el ruido y empezó a volverse, a la vez que llevaba la mano al interior de su chaqueta. Yo fui más rápido.

Primero di un salto para salvar el obstáculo del tipo caído ante la entrada. Luego, con la cabeza gacha, cargué a fondo.

El impacto arrancó al sujeto del suelo y lo lanzó contra la pared. Escuché claramente el ruido que hacía el aire al escaparse bruscamente de sus pulmones. Puso los ojos en blanco y se derrumbó.

Julia me miró atónita. Era, ciertamente, una mujer muy atractiva todavía, a sus cuarenta años, pero ahora tenía la cara hecha una lástima. A pesar de todo, el asombro que le había causado mi llegada le hacía olvidar momentáneamente el dolor de los golpes recibidos.

—Apuesto algo a que le preguntaban por una fórmula en la que su amigo Weiss había estado trabajando —dije.

—Sí... ¿Cómo lo sabe usted?

—No se preocupe, Julia. Yo también trabajo en este mismo asunto, aunque, en una dirección diametralmente opuesta. ¿Le dijeron estos tipos quién los enviaba a «hablar» con usted?

—No. Empezaron a golpes casi de inmediato... Reflexioné unos instantes. No tardé en llegar a una decisión.

—Julia, si tiene dinero en casa, algún reloj, alguna joya, dímelo inmediatamente.

—¿Para qué? —se extrañó ella.

—Vamos a meter a estos tipos en un buen lío. Les haremos pasar por ladrones...

Ella comprendió en el acto.

—Sí, es una buena idea, señor...

—Llámeme Prosper —indicó—. ¿Ha oído hablar de Rosabelle Ardmore?

—Es la cuñada del difunto señor Ransome.

—Hable con ella; le dará informes míos —dijo—. Pero no se entretenga y traiga lo que le he pedido.

Minutos después, irrumpían en el apartamento dos patrulleros, pistola en mano. Julia explicó lo sucedido. Los matones, abatidos, se dejaron poner las esposas sin resistencia. Por si fuera poco, les habían encontrado sendas pistolas. Alguien se vería en apuros cuando tratase de conseguir su libertad mediante una fianza.

Los policías se llevaron a sus prisioneros, encomendando a Julia que fuese a la comisaría cuanto antes. Ella dijo que así lo haría y nos quedamos solos.

—A usted le digo lo mismo que a esos matones —manifestó—. No sé nada de la fórmula. Emil no mencionaba jamás nada referente a su trabajo cuando estábamos juntos.

Hice un gesto de pesar con la cabeza.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo—. Me imagino que usted debía tenerle mucho afecto...

Julia se entristeció.

—Éramos muy buenos amigos —confesó—. Nos compenetrábamos mucho y pasábamos buenos ratos juntos... Oh, no me refiero precisamente a la cuestión de cama... Nos gustaba sentarnos en el diván y escuchar música sinfónica, en silencio...

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Julia. Tomé su mano y la palmeé afectuosamente para darle ánimos.

—¿Cree que alguno de esos sujetos puede ser el asesino de Emil? —preguntó ella de sopetón.

—No lo sé. En todo caso, llevaban pistola... y la policía hará comparaciones balísticas. Dígame una cosa, Julia, por favor.

—Sí, Prosper.

—Aunque Weiss no le hablase de sus trabajos, ¿sabe dónde pudo haber guardado un manojo de cuartillas?

—No. Aquí él no traía nunca un solo papel. Decía que venía a

descargarse de las preocupaciones de su trabajo y no mencionaba otra cosa que su fatiga... A veces venía muy cansado...

—Comprendo. Gracias por todo, Julia.

Ella trató de sonreír.

—Diría que ha sido un placer, pero...

—No lo diga —me despedí.

* * *

En El Cálido Regazo, a veces, servían algo de comer. Para un cliente como yo, Johnny encontró unas rebanadas de pan, jamón ahumado, queso y un par de huevos duros, lo que me apresuré a consumir, junto con medio litro de cerveza. Al terminar, le miré agradecido.

—Tengo el estómago como nuevo —dije.

—Has venido demasiado pronto. Aún no he conseguido averiguar nada, Prosper —dijo él.

—Lo sé. Pero ayer vi algo después de haber estado contigo.

—¿Sí? ¿Qué fue?

—Un tipo con un tiro detrás de la oreja izquierda.

Johnny se mordió el labio inferior.

—Lo mismo que Ransome —murmuró—. Es la «marca» profesional de Kyle Wexton.

—¿Wexton? —repetí.

—Sí. Lo llaman La Muerte Andante. Imagínate los motivos.

—Asesino profesional.

—En efecto.

—Y nunca le han podido probar un solo crimen.

—No.

—Pero los exámenes de balística...

—Wexton usa cada vez un arma distinta.

—Tipo precavido —comenté.

—Y no se deja ver jamás.

—¿Hay alguien que lo conozca?

—Yo.

No pude contener un respingo.

—¡Johnny!

—Alguna vez ha venido aquí, aunque ahora lleva tiempo sin dejar ver su cara, cosa que no lamento en absoluto. Yo no lo sabía, hasta

que me lo señaló un tipo, que ya ha muerto. El fue quien me dio todos los detalles.

—Entonces, podrás describirme al tipo...

Johnny me miró fijamente.

—Olvídalo, Prosper —me aconsejó—. Para un sujeto como Wexton, tú eres menos que un pichón en el nido para un águila. No tendría ni para empezar...

—Dime cómo es y su dirección.

—Ignoro lo segundo. En cuanto a su aspecto personal...

Cuando Johnny terminó, me quedé pasmado. Si el fulano que estaba con Jean Clairmont no era La Muerte Andante, yo era un bonzo budista.

—Está bien, Johnny, muchas gracias... Has dicho que cada vez usa un arma distinta...

—Sí. Hace algún tiempo, quizá un par de años, desapareció del muelle una caja con revólveres, seguramente destinados a un país sudamericano. Habría dos docenas y nadie ha vuelto a ver jamás uno solo de aquellos revólveres.

—Wexton es un tipo listo; sabe que el examen balístico podría ponerle en un compromiso.

—Pero siempre dispara al mismo sitio, Prosper.

—Sí, asegura el tiro, aunque, de todos modos, es menos comprometedor que dos balas salidas del mismo cañón. Gracias, Johnny.

Puse un billete sobre el mostrador. Ya me disponía a marcharme, cuando entró una furcia.

CAPÍTULO VI

La prójima llevaba una enorme peluca rojoamarillenta, como una cúpula sobre su cabeza, y un escote que casi enseñaba el ombligo. La falda era cortísima, tubular, abierta por el lado izquierdo, de modo que se podía ver sin dificultad el portaligas que sujetaba la media negra. Cuando se sentó, todavía pude ver más.

En la cara llevaba algo así como medio kilo de pintura, repartida en los lugares adecuados. Me pregunté si podría despegar los labios, después de tener la boca cerrada un par de minutos. Pero sí los despegó para pedir un vodka con hielo, limón y tónica, con voz aguardentosa, que el asombrado Johnny le sirvió en el acto.

Luego, la furcia hizo una pregunta a Johnny.

—Hombre, trabajo no falta... —contestó el dueño de El Cálido Regazo—. Pero a esta hora...

—No importa; esperaré —dijo la fulana. Me miró de pies a cabeza y me hizo un guiño profesional, a la vez que sonreía incitantemente—. Quizá este buen mozo —sugirió.

—Tú eres nueva aquí —dije.

—Sí. Me llamo Diana...

—Diana, me gustaría irme a la cama contigo ahora mismo, pero imagino que desconoces las costumbres del sector.

—Bueno, no tardaré mucho en amoldarme. Soy una chica que se habitúa enseguida a todo.

—Sí, me lo imagino. Entonces, debes saber que aquí, Johnny, el dueño de este bar, tiene por costumbre probar a toda chica nueva. Luego da su informe a los clientes... ¿No es cierto, Johnny?

Mi amigo no entendía por qué decía aquello, pero reaccionó rápidamente.

—Oh, sí, claro, es la costumbre del sector.

—Una especie de derecho de pernada, que nadie le discute, si es que sabes lo que significa la frase.

—Ya, el señor feudal, en la noche de bodas de uno de sus vasallos, ponía la pierna derecha sobre el lecho nupcial...

—Ponía algo más —dije con una gran risotada—. Johnny —añadí

con una gran risotada—, ya me dirás si esta chica es tan buena en la cama como aparenta.

—Descuida, Prosper.

La furcia corrió detrás de mí, cuando salí a la calle.

—¡Eres un tipo repugnante! —me apostrofó—. No sé qué diablos ha podido ver tía Rosabelle en ti...

—Lo que ha visto es que hay cuarenta años de diferencia —respondí—. Y te disfrazas muy mal... y no sabes dónde te has metido, y si quieres un consejo, agarra el «Mercedes», vuelve a casa, quítate la peluca y esos trapos y lávate la cara.

—Pero tú..., yo... quiero ayudarte...

—Si quieres ayudarme de veras, déjame en paz. ¿Está claro?

Un veterano policía de la ronda, con una cara imponente de Bumper Morgan, se acercó a nosotros, haciendo voltear su porra.

—Circula, nena —ordenó—. No andes molestando a la gente por mi acera. ¿Eh?

Betty me dirigió una mirada incendiaria. En aquellos momentos, pensé, deseaba tener el poder suficiente para reducirme a cenizas.

—Sí, oficial, ahora me marchó —contestó.

Y echó a andar, taconeando orgullosamente, pero llevaba unos tacones muy exagerados y uno de ellos se le dobló y estuvo a punto de caer por tierra, pero consiguió recuperarse y siguió andando hasta llegar al «Mercedes».

—Caramba —dijo el guardia—, esa fulana debe de ganar pasta larga. No todas las putas que conozco llevan un coche de esa categoría.

—Le tocó en una rifa benéfica —dije muy serio—. ¿Un cigarrillo, Tuppin?

El patrullero se quitó la gorra y sacó de debajo un puro a medio consumir, que encajó de inmediato en sus fuertes mandíbulas.

—Gracias, Prosper —contestó—. ¿Cómo van tus asuntos? ¿Has encontrado trabajo?

—Sí, ahora tengo uno muy bueno. Hasta la vista, Tuppin.

—Lo celebro, muchacho.

Betty se había marchado ya. Sonreía mientras caminaba unos cuantos pasos. Apenas vi un taxi, lo hice detenerse. Luego le di la dirección de un tipo al que pensaba ver... y tal vez machacarle la nariz de un buen puñetazo.

Me pregunté qué transformación se había operado en mí. Hasta hacía poco, había sido un hombre cortés, amable, pacífico... y en poco más de cuarenta y ocho horas me había convertido en un tigre. Las circunstancias, filosofé conmigo mismo, pueden cambiar a un hombre de una forma totalmente insospechada. Aunque, en parte, pude darme cuenta de que en lo que estaba haciendo descargaba la frustración que se había acumulado en mi ánimo después de que un tipo llamado Hartman me hubiera despedido por no plegarme a sus inmoralidades.

* * *

La secretaria de Clawbonny me recibió con la misma amabilidad que lo habría hecho un témpano de hielo. Me conocía de antiguo y sabía que mostrarse cortés conmigo podía costarle un disgusto, así que no se molestó demasiado en ocultar su antipatía.

—No está —dijo, apenas me vio.

Puse las manos sobre su mesa y me incliné agresivamente hacia ella.

—A estas horas, siempre está —aseguré—. Conozco bien las costumbres de ese hijo de perra, de modo que o le avisa inmediatamente o entraré yo por mi cuenta.

La secretaria se amedrentó y usó el interfono. Segundos después, tenía permiso para pasar a un despacho, alfombrado con diez centímetros de moqueta dorada, con una mesa que parecía un campo de fútbol y un lujo oriental, digno de un sultán de las Mil y Una Noches. Morton Clawbonny estaba detrás de la mesa y su mirada no tenía nada de acogedora.

—Sea breve, ingeniero —dijo fríamente—. Tengo mucho trabajo...

—Sí, el tiempo es oro. Pero su tiempo me importa a mí menos que el papel higiénico de mi cuarto de baño. Hablemos del caso Ransome, si le parece. Y si dice que no sabe nada, le llamaré mentiroso.

Los ojos de Clawbonny se entornaron.

—Ransome murió —dijo.

—A causa de una bala que le entró por detrás de la oreja izquierda. ¿Quiere que le diga quién la disparó? Se llama Wexton, por mal nombre, La Muerte Andante. ¿Cuánto les costó la ejecución?

—No conozco a ningún Wexton y en nuestros negocios no empleamos jamás a asesinos profesionales.

—¿Quién ha dicho que Wexton sea un asesino profesional, Morton? Clawbonny se quedó cortado.

—Bueno, se deduce de sus palabras...

Me eché a reír.

—Escuche una cosa, Morton, y afine bien los oídos. La fórmula del U-P

pertenece exclusivamente a las dos herederas de Ransome; a saber, su hija y su cuñada, y ésta en calidad de socio capitalista. No intenten nada con ellas o se romperán los dientes. ¿Está claro?

—Nosotros, no...

—Oiga, ¿quiere decirme que lo que pasó el otro día en casa de la señorita Rosabelle fueron visiones mías? Los dos tipos que le dejé en la puerta de la residencia de Hartman, ¿eran actores de teatro contratados por mí? Esa fórmula no será para ustedes, por mucho que se empeñen en ello. ¿Está claro?

Clawbonny se enfureció.

—Voy a darle un consejo, Kabb —barbotó—. Apártese de este asunto, olvídelo por completo o...

—O llamaré a Wexton, ¿verdad?

De pronto, di la vuelta a la mesa, agarré al tipo por las solapas de su chaqueta y lo agité, hasta que sus dientes castañetearon.

—Ustedes son los que deben olvidarse del asunto —dije, furioso—. No hagan nada a esas dos mujeres o vendré a arrancarles la cabeza a usted y a su jefe, por muchos gorilas que tengan para su protección.

Arrojé a Clawbonny contra el sillón y el sujeto se quedó quieto un instante. Cerré el puño, con la intención de estrellárselo contra la nariz, pero me contuve, pensando que Clawbonny podía denunciarme a la Policía por agresión y que ello no me beneficiaría en absoluto.

De pronto, se abrió una puerta situada a mi izquierda.

—¿Qué diablos pasa aquí? —exclamó el hombre que había aparecido en el umbral—. ¿Qué son esas voces...?

Me volví hacia él. Hartman era un sujeto que medía casi un metro noventa y andaba rozando los cien kilos. De todo su cuerpo se desprendía un aura de fuerza y energía, que impresionaba

enormemente a todo el que le veía por primera vez... y hasta a los que le conocían de toda la vida. Pero a mí ya no me causaba ningún temor.

—Ah, es usted, Kabb —añadió—. Creo haberle despedido...

—No he venido a pedir trabajo —respondí, a la vez que me encaminaba hacia la puerta—. Morton le contará nuestra conversación. Ha sido muy interesante.

Cerré de un portazo. La secretaria me miró aprensivamente.

—Con usted no va nada —la tranquilicé.

En realidad, no había conseguido gran cosa. De todos modos, Hartman y Clawbonny ya sabían que yo estaba enterado de algunos asuntos, que les interesaba mantener ocultos. Empecé a pensar en sus posibles reacciones.

* * *

—La primera reacción que yo tendría, si estuviese en el pellejo de Hartman, sería llamar de nuevo a Wexton —dijo Rosabelle, a la vez que me alargaba un confortante *whisky* con hielo.

—¿De veras lo haría así?

—¿No lo hizo ya con mi cuñado y con Weiss?

Moví la cabeza preocupadamente.

—Eso significa que debo andarme con ojo —murmuré.

—¡Significa mejor que debes anticiparte a los movimientos de Wexton!

Salté en mi asiento.

—¡Rosabelle! Yo no soy un asesino...

El teléfono sonó en aquel momento. Rosabelle se separó de mí. A los pocos segundos, me tendió el auricular.

—Para ti —dijo.

Me puse en pie. Era Johnny.

—Tengo noticias, Prosper —dijo mi amigo.

—Suéltalas ya.

—Wexton está enredado con Jean Clairmont.

—Hombre, eso ya lo sabía...

—Pero quizá ignoras que Wexton suele residir en una casa que tiene en la playa, no lejos de la de Weiss.

—No me digas, Johnny.

—Mi informador es de absoluta confianza. Está a unos quinientos metros al Sur de la de Weiss. Una casa pintada en blanco y azul.

—Gracias. ¿Algo más?

—Eso es todo, Prosper.

Colgué el teléfono.

—Ya sé dónde vive Wexton —manifesté.

—Con Jean Clairmont —dijo Rosabelle.

—No. Debí de pasar la noche con ella, pero, por lo que me han dicho, le gusta mejor residir fuera de la ciudad.

—Irás a verle, supongo.

Consulté mi reloj.

—Es tarde ya. Prefiero madrugar un poco —declaré—. Oiga, ¿sólo tiene el «Mercedes»? Es un coche un poco escandaloso...

Rosabelle se echó a reír.

—Hay un «Ford 62» en el garaje. Si no te importa usar un coche tan anticuado...

—¿Funciona?

—Como un reloj.

—Si me encuentro desnudo, no me importará vestir con tela de saco, para cubrir mis vergüenzas —dije desenvueltamente.

—Muy sensato, muchacho.

La puerta de la casa se abrió en aquel instante. Betty entró y me miró largamente.

Ya había cambiado de aspecto. Ahora parecía de nuevo la chica asustada que corría desesperadamente cuando la vi por primera vez. Pero no estaba asustada, sino enfadada.

—Voy a por la manta —dije—. El cobertizo es un buen sitio para dormir.

—Buenas noches, Prosper —me deseó Rosabelle.

Betty no dijo nada.

CAPÍTULO VII

Rosabelle era una mujer muy optimista. El «Ford 62» apenas si funcionaba lo suficiente para poderlo llevar, poco menos que a empujones, hasta el taller de un conocido, en donde le repusieron unas cuantas cosas del sistema eléctrico y le cambiaron el aceite. En total, eran las diez de la mañana cuando, al fin, pude subir a un vehículo digno de confianza.

Poco antes de las once, paré el coche en la trasera de la casa que había sido de Weiss. Desde allí podía divisar perfectamente la casa blanca y azul en la que vivía Wexton. Me pregunté si estaría en ella o seguiría disfrutando de los innegables encantos de Jean Clairmont.

Sólo había una forma de saberlo. Eché a andar, pero caminando por la ladera. Minutos más tarde, me encontraba ante la fachada posterior del edificio.

Respiré aliviado. No había ningún coche, lo cual significaba ausencia del dueño. Podía empezar a trabajar con toda tranquilidad. Mi labor duró casi una hora. Al fin, encontré lo que buscaba.

El escondite era bastante ingenioso. Una de las vigas que sustentaban la techumbre del edificio, era falsa. Me explicaré.

Ahora se construyen vigas artificiales, que engañan al más listo. Así, en ciertas construcciones modernas, se consigue un efecto de antigüedad, que proporciona un singular atractivo a la decoración. En aquella viga hueca había diecinueve revólveres.

Faltaban cinco, de las dos docenas desaparecidas unos dos años antes. ¿Quiénes habían sido los infelices muertos antes que Ransome y Weiss?

A Wexton le iba yo a poner en aprietos, me dije, mientras iniciaba el traslado de las armas al interior de la casa. Cuando hube terminado, agarré el teléfono.

Entonces sentí una cosa fría detrás de la oreja.

—Deje ese teléfono —ordenó Wexton.

Inspiré con fuerza. Estaba a un paso de iniciar el mismo viaje que otros habían seguido antes que yo.

—Wexton, usted no va a disparar contra mí —dije.

—¿Qué le hace suponer que no apretaré el gatillo? —rió el asesino

—. Está en mi casa, ha entrado a robar...

—Sacarán la bala de mi cráneo y sabrán que ha salido del mismo cañón que la que mató a Weiss. Todavía no ha tenido necesidad de cambiar el arma...

—No esté tan seguro de eso, Kabb. ¿Quién le dijo que yo guardaba aquí los revólveres?

—Cada asesinato, un arma distinta. Eso borra las pistas, ¿verdad?

—Le he hecho una pregunta. Contésteme.

—Es buen amigo mío. Yo ya me he hecho a la idea de morir, pero no quiero que él muera por mi culpa.

Aparentemente, estaba tranquilo, pero sudaba y mis piernas eran sendos flanes. Me pregunté qué sentiría cuando el tipo apretase el gatillo. Un fuerte estruendo, una sensación de dolor que duraría una fracción de segundo y...

En aquel instante, sonó una voz femenina, muy resuelta:

—Apriete el gatillo y yo haré fuego también.

Casi estuve a punto de lanzar un grito de alegría. Sentí que Wexton vacilaba y me dije que era hora de actuar, antes de que fuese demasiado tarde. De modo que me agaché velozmente, giré y apliqué un venenoso derechazo a la entrepierna del asesino.

Wexton lanzó la pistola al aire y se curvó, con una mueca de agonía en la cara. Lo agarré por los pelos con la mano izquierda y le obligué a enderezarse. El siguiente golpe fue a su mandíbula. Wexton abrió los brazos y saltó hacia atrás. Chocó contra una de las paredes y cayó al suelo completamente desmadejado.

Miré a la chica.

—Betty, gracias.

—De nada, Prosper.

—Me has seguido.

—Aquí estoy, ¿no?

—Podías haber venido antes...

—Llegué casi al mismo tiempo que tú, pero estuve escondida todo el rato. No hubiera hecho nada, de no haber visto a ese sujeto.

—Gracias otra vez. Aguarda un momento, voy a llamar a la policía.

Pedí comunicación con el teniente Hubner. Casi en el acto, me pusieron en contacto con él.

—Si quiere capturar al asesino de Weiss, venga a la casa que hay en la playa, a quinientos metros al sur de la de su víctima. Es blanca y azul y... Puede avisar por radio a un coche de patrulla, para que hagan el trabajo a tiempo. Adiós.

Colgué el teléfono. Wexton seguía desvanecido.

—Vámonos, Betty.

—¿No te llevas ninguna pistola? —preguntó ella.

—¿Para qué? Ya tenemos la tuya...

Betty se echó a reír. Abrió el bolso y sacó un lápiz de labios.

—Ésta es mi pistola —dijo.

Me pasé una mano por la cara.

—Mejor será que no se lo digamos a Wexton o se va a enfadar muchísimo cuando se despierte. Anda, vamos.

Sí, Wexton se sentiría avergonzado al saber que había sido derrotado por una chica de poco más de veinte años, cuya única arma era un lápiz de labios. Para un hombre de su clase, representaba una terrible humillación.

Casi en el acto, escuchamos a lo lejos el aullido de una sirena policial. Betty y yo corrimos un poco y nos agazapamos detrás de unos arbustos.

El coche blanco y negro llegó dando tumbos, por el camino que, en aquel sector, corría paralelo a la playa. Cuando se detenía, vimos a Wexton que se asomaba a la veranda de su casa, a diez metros de altura sobre la arena.

Wexton tenía un revólver en la mano. Los policías le encañonaron con los suyos. Wexton hizo fuego una vez. Tres disparos le hicieron doblarse sobre la barandilla. Luego volteó y fue a estrellarse contra el suelo.

—Bien, Betty, acababas de ver cómo ha muerto el hombre que mató tu padre —dijo.

—¿Fue él?

—Sí.

Ella estaba muy pálida.

—Si era un asesino profesional, ¿quién le pagó por cometer esos crímenes? —exclamó.

—Tengo el nombre en la punta de la lengua, pero ¿de qué serviría pronunciarlo, si no tenemos pruebas? —contesté.

Betty guardó silencio. Ya se oían más sirenas policiales. Hubner

tardaría todavía en llegar, sin embargo.

—Simularemos ser unos curiosos que se paseaban por la playa —dije—. Ya verán cómo los policías nos ordenan marcharnos cuanto antes.

Y eso fue lo que sucedió, en efecto, de modo que cuando Hubner llegó, Betty y yo habíamos desaparecido de la escena.

* * *

—Es curioso —dijo Johnny aquella misma tarde—. Todo el mundo sospechaba que Wexton tenía los revólveres, pero no los pudieron encontrar jamás. ¿Cómo diste tú con el escondite?

—Porque tenía, tengo, la mente limpia de prejuicios. Es la primera vez que me veo metido en un jaleo semejante y, no es que quiera dárme las de chico listo, pero pienso de un modo muy distinto a los policías.

—Ya. ¿Qué ha sido de los revólveres «usados» sólo una vez? Me encogí de hombros.

—El mar está muy cerca. Hay barcas en las inmediaciones de la casa. Algunas son de alquiler.

—Y un revólver en el fondo del mar, a doscientos metros, no se encuentra jamás.

—Exacto, Johnny.

De pronto, un hombre se sentó a mi lado.

—Hola, ingeniero —dijo el teniente Hubner.

—¿Qué tal, amigo? —saludé—. Johnny, invita al teniente por cuenta mía.

—Sí, Prosper.

—Cerveza, por favor —pidió Hubner.

—Desde luego, teniente.

Hubner sacó un cigarro y lo mordió, pero sin encenderlo.

—Fue un buen aviso el suyo, ingeniero. Gracias —dijo.

—Resultó agradable —contesté.

—Wexton se vio perdido. Es una lástima que esté muerto.

—Le hubiese dado, en el mejor de los casos, un nombre. Pero no habrían conseguido nada. Usted lo sabe mejor que yo, teniente.

Hubner asintió pesadamente. Johnny le puso delante una jarra de cerveza. El policía despachó la mitad de un trago.

—Bien, ingeniero, y ahora, explíqueme por qué se ha metido en todos estos jaleos —solicitó cortésmente.

—¿Tengo obligación de contestarle? —pregunté.

—Se lo agradecería, aunque me imagino que el resentimiento contra Hartman tiene mucho que ver con lo que está haciendo.

—Es asunto de una patente industrial. Un invento de Ransome. Hartman lo quiere. Sus herederos no quieren cederle la patente. Eso es todo.

Hubner enarcó las cejas.

—Si el invento está registrado, los esfuerzos de Hartman no servirán para nada —alegó.

—Ahí está lo curioso del caso. El invento está hecho y comprobada su efectividad. Pero nadie sabe dónde está la fórmula.

—¿Es algo de química?

—Teniente, un pastel de nuevo sabor también tiene fórmula —dije, socarrón.

—Cualquiera diría que no quiere explicarme en qué consiste la cosa —refunfuñó el policía.

—Hasta ahí he llegado —respondí—. Sabe que se trata de un invento, que hay una fórmula en alguna parte..., pero el resto, permítame, es secreto profesional. Al menos, por mi parte. Ahora bien, si Hartman se lo dice, yo no podría impedirselo.

—Pero sabe que no me lo dirá.

—Pruebe, teniente.

—Me gustaría mucho más probar la relación de Wexton con las muertes de Ransome y de Weiss.

—Fue él, no cabe la menor duda.

—Yo me refería a la persona que le pagó por cometer los asesinatos.

—Ya no se lo dirá a nadie. Y no me importa demasiado; a fin de cuentas, pagó sus crímenes.

Hubner me miró críticamente.

—Cualquiera diría que lo planeó todo para que unos patrulleros lo llenaran el cuerpo de balas —murmuré.

—Se lo merecía, ¿no? ¿Te debo algo, Johnny? Por la invitación del teniente, claro.

Johnny alzó la mano.

—La casa paga —dijo.

—Adiós a los dos —me despedí.

El «Chevrolet 62» estaba a la puerta de El Cálido Regazo. Abrí la portezuela, me senté tras el volante, di el contacto y, en el mismo instante, sentí en la nuca algo frío.

—Sigue por donde te indique o considérate difunto —dijo alguien.

CAPÍTULO VIII

Miré un instante por el retrovisor. Eran dos y los reconocí en el acto. Se trataba de la pareja de gánzapiros que habían apaleado a Julia Serna.

El revólver había desaparecido. Uno de ellos dijo:

—No te alegres demasiado; está fuera de la vista, pero sus balas pueden traspasar el mullido del asiento.

—Está bien.

El coche no era automático, de modo que tuve que mover la palanca para meter la primera velocidad. Con el rabillo del ojo vi que se acercaba un camión a buena velocidad. Entonces, salí de la acera.

El conductor frenó desesperadamente. Yo frené también. La aleta delantera del camión tocó el costado izquierdo de mi coche y produjo una enorme abolladura, con el consiguiente estrépito. Detrás de mí, sonaron gruesas maldiciones.

El camionero se apeó. Yo abrí la portezuela del coche. Me imaginé que los pistoleros no iban a liarse a tiros conmigo delante de la gente. El choque había hecho bastante ruido. Johnny y Hubner se asomaron a la puerta del bar. Los dos hampones salían en aquel momento del coche. Uno de ellos se volvió y me miró envenenadamente.

—Volveremos a vernos —dije.

Les saqué la lengua en son de burla. Entonces, se me acercó el camionero y empezó a protestar.

—A mí qué me cuenta —respondí—. Ahí tiene al conductor.

El camionero se fue hacia uno de los hampones y empezó a discutir con él, apostrofándole de mala manera. El sujeto contestó de la forma adecuada. El camionero se hartó y le arreó una trompada que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo. Su compañero quiso escabullirse del jaleo que se estaba organizando, pero fue a caer en brazos del teniente Hubner.

—Quieto, Paddy Eardman —dijo—. Usted, el del camión, quédese quieto; soy policía.

Un agente de uniforme acudía corriendo. El hampón derribado empezaba a levantarse, con los ojos vidriados. El chófer del camión gritaba como un loco. El policía de uniforme le aconsejó que retirase el camión para facilitar el tránsito. El hombre obedeció.

—¿Tiene algo que decir, Kabb?

—Regístrelos —indiqué—. Uno, por lo menos, debe de llevar un arma. Siento haber organizado todo este jaleo, pero me querían llevar a algún sitio que no me conviene.

—Entiendo —dijo Hubner.

Un coche de patrulla se detuvo en aquel instante y los dos oficiales se acercaron a la acera. Hubner se identificó y les ordenó llevasen a los hampones a jefatura. Luego se acercó a mí.

—¿Qué le decimos al camionero? —preguntó.

—Bueno, puede tomar la matrícula del coche. La dueña pagará los desperfectos —respondí.

—Ah, no es suyo.

—No. Apunte la matrícula; yo tengo que marcharme. Gracias.

El coche tenía un buen bollo en el lado izquierdo, pero el motor seguía funcionando a la perfección. Ya lo llevaría en otro momento al chapista. Ahora tenía que hacer una visita, antes de que fuese demasiado tarde.

* * *

Jean Clairmont me abrió la puerta y sus ojos me miraron hostilmente.

—¿Qué desea ahora? —preguntó.

—Kyle Wexton ya no está.

—Lo sé.

—Entonces, no hay inconveniente para que hablemos sin prisas.

—¿Ahora?

—Ahora.

Jean se echó a un lado. Estaba vestida y retocada y muy bien peinada. El traje era de color azul oscuro, muy ceñido en el pecho y la cintura y algo más holgado en las caderas. Los zapatos tenían un aspecto impecable. No cabía duda de su atractivo físico.

—¿De qué quiere que hablemos? —preguntó, mientras se acercaba a una consola donde había botellas y vasos.

—De Irving Ransome —contesté.

—Quería casarse conmigo. Hubo un tiempo en que llegué a apreciarlo, pero me di cuenta que no era el hombre que necesitaba.

—¿Por qué?

—Se pasaba demasiado tiempo fuera de casa.

—No era un juerguista, que yo sepa.

—Claro que no. Aquel maldito laboratorio absorbía casi todo su tiempo... Ya me veía yo con la perspectiva de pasarme los días y las noches aguardándolo, para calentarle la cena... Oiga, esa clase de vida no se ha hecho para mí. ¿Lo comprende?

—Después de haber visto a Wexton en esta casa, lo comprendo muy bien —dije fríamente. Ella movió la mano con una copa y yo negué con un gesto, para continuar—: Usted sabía que fue Wexton el que lo mató.

Jean apuró su copa de un trago.

—Lo sospechaba y Kyle recelaba algo —contestó—. Con medias palabras, me dijo que no metiera la nariz en sus asuntos privados o lo pasaría muy mal. Una vez, vi que llevaba un revólver con silenciador...

—El arma propia de un asesino profesional. ¿Qué sabe de la fórmula inventada por Ransome?

—Nada, se lo juro, excepto que tiene mucho valor. Pero yo no he visto ningún documento...

—Tuvo cierta intimidad con Ransome y lo que él hacía no era cosa que se terminase en veinticuatro horas. Trate de recordar si oyó algo sobre el particular. Entonces, llámeme.

Saqué una hoja de papel, escribí el número de teléfono de Rosabelle y se la entregué.

—Deje el recado a quien conteste, si yo no lo hiciera personalmente —añadí.

—Lo haré —respondió Jean.

Abrí la puerta. Clawbonny apareció ante mí, en el umbral, con un ramo de flores en las manos.

Clawbonny me miró estúpidamente. Yo saqué una rosa del ramo y se la metí entera en la boca. El sujeto empezó a gargajear y a escupir pétalos, mientras yo me alejaba en busca del ascensor, situado unos metros más allá.

Cuando ya había hecho la llamada, me volví hacia él.

—¿Viene a felicitarla por su reciente «viudez»? —pregunté burlonamente.

Clawbonny entró en la casa y dio un portazo.

* * *

—Ellos han decidido usar un sistema mejor que el tuyo —dijo Rosabelle por la noche.

—¿Cuál? —pregunté.

—La dulzura. Clawbonny ha ido con un ramo de rosas, sin duda para expresarle su simpatía por la pérdida de Wexton. También habrá aprovechado la ocasión para insinuarle algo de dinero.

—Ella no sabe nada...

—Es lo que dice y puede que sea cierto. Pero los otros, como tú, no están seguros.

Me acaricié la mandíbula pensativamente.

—Sí, con la miel se cazan las moscas mucho mejor —convine—. Pero yo no tengo dinero para ofrecerle y a usted, me imagino, no le agradará demasiado pagar por algo que es suyo.

—Claro —contestó Rosabelle—. Por eso quiero que encuentres tú la fórmula.

Me miró afectuosamente y sonrió.

—Y si la encuentras, te nombraré director técnico de la factoría —añadió.

—No me disgustaría —contesté—. Pero hay algo en lo que no me he fijado hasta ahora.

—¿Qué es, Prosper?

—Cuando yo encontré el disco con la muestra, Betty venía de alguna parte.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo sabía Fuller que ella tenía la muestra?

—Hacía días que la seguían. Betty quiso despistarles, pero no lo logró del todo.

—Eso significa que el disco rojo estaba guardado en alguna parte.

—En uno de los armarios de la central de autobuses de la *Greyhound*. Recibí una carta con la llave y...

—¿Una carta? ¿Quién se la escribió?

—Weiss. Yo le telefoneé y él confirmó la autenticidad de la carta.

Pero no quiso dar más explicaciones. Sólo dijo que era algo que me pertenecería y...

—¿Y...?

Rosabelle entrecerró los ojos.

—Dijo algo más, una cosa muy extraña. Me pareció una incongruencia... El pobre hombre no andaba muy bien de la cabeza, ¿sabes?

—Bueno, ¿qué le dijo? —pregunté, impaciente.

—El disco rojo significa todo lo contrario. Una tontería; Prosper; el rojo es prohibición, mientras que el verde significa lo contrario, esto es, paso libre.

La puerta de la casa se abrió en aquel instante. Sonó ruido de tacones. Betty apareció en la cocina.

—Hola —dije, a la vez que me ponía en pie—. Rosabelle, el bocado de hierba estaba maravilloso.

La anciana se echó a reír.

—Sí, es una hierba muy sabrosa y con muchas vitaminas —contestó.

—Tía, ¿has visto el coche viejo? Está hecho una ruina... —dijo la chica acusadoramente.

Rosabelle me miró.

—¿Le has pegado algún porrazo?

—Me lo han dado, que no es lo mismo. No se preocupe; tengo un amigo chapista, con manos de ángel. Mañana mismo se lo llevaré al taller.

—De acuerdo, Prosper.

—Eh, oye, tú —me llamó Betty de repente—. No es necesario que vayas al cobertizo. Hay una habitación libre en el piso superior.

Volví la cara hacia Rosabelle.

—Empieza a humanizarse —comenté alegremente.

—No, si en el fondo, es una buena muchacha. Piel de cactus, corazón de oro —dijo la dama socarronamente.

Betty fue a la nevera y sacó una botella de leche. Se apoderó de un vaso, lo llenó, bebió la mitad y luego me hizo una pregunta:

—¿Has conseguido algo más, Prosper?

—Rosabelle te lo contará —respondí a la vez que me dirigía hacia la puerta—. ¿Cuál es mi habitación? —consulté.

—La última a mano izquierda —indicó la chica.

—Gracias. Buenas noches a las dos.

* * *

Por la mañana, cuando terminaba de desayunar, sonó el teléfono. Rosabelle estaba todavía en la cama. Betty tomó el aparato, escuchó unos instantes y luego se volvió hacia mí:

—Es una tal Julia Serna —dijo.

—Oh... —Instantes después, tenía el teléfono pegado a la oreja—. ¿Julia? Soy Kabb.

—Señor Kabb, quiero decirle algo que he recordado de pronto. Emil tenía alquilado un despacho en la Novena. A veces, realizaba análisis de muestras geológicas y redactaba allí sus informes. También hacía pequeños ensayos químicos... Puede que los papales que busca estén allí.

—¿Lo cree así, Julia?

—Es una posibilidad. Aunque era colaborador del señor Ransome, también tenía una pequeña clientela. Y cuando el señor Ransome murió, él se quedó sin el sueldo que le daba y tuvo que reactivar ese negocio.

—Ya —dije—. ¿Puede indicarme el número?

—Dos mil ochocientos setenta, cuarta planta, letra F. Hay un rótulo en la puerta con su nombre. Pero no tengo la llave...

—Gracias, ya me las arreglaré de una forma u otra.

Colgué el teléfono. Betty, todavía con bata y camisón, me miraba inquisitivamente.

—Vístete —ordené—. Tenemos que salir.

Ella no dijo ni pío. Salió disparada de la cocina y tomó la escalera para ir a su dormitorio. Cuando ya llegaba al final, grité:

—¡Lleva algo de dinero! Puede que lo necesitemos y yo estoy casi «limpio».

—Está bien, Prosper.

Rosabelle oyó el estrépito y se asomó a la barandilla del primer piso.

—¿Qué sucede, muchacho?

—Acaban de darme una buena pista. Puede que consigamos algo.

—¿Quieres que vaya con vosotros?

—No será necesario. Es mejor que se quede; quizá llame Jean

Clairmont.

—Muy bien, Prosper.

Betty bajó a los pocos momentos, vestida con camisa, cazadora liviana, oscura, y pantalones muy ajustados. Yo ya estaba en el asiento derecho del «Mercedes».

—¿Por qué no has puesto el motor en marcha? —preguntó, al ocupar su puesto.

Ella se encogió de hombros. Hizo girar la llave de contacto se oyó un suave mugido y el coche arrancó como un cohete.

—Así harás polvo el motor —le reproché.

—El coche no es tuyo —dijo ella secamente—. ¿Adónde vamos?

—Novena, dos mil ochocientos setenta.

—Entendido. ¿Para qué es el dinero?

—Es posible que tengamos que sobornar a un conserje —respondí.

CAPÍTULO IX

El conserje miró displicente el billete de diez dólares que le enseñaba Betty.

—Otro —indiqué.

Ella enseñó el segundo. El conserje nos entregó la llave maestra.

—Gracias.

Momentos más tarde, estábamos en la cuarta planta. Abrí la puerta y Betty y yo nos encontramos con un espectáculo desolador.

—Nos han ganado por la mano —dije, desanimado.

La oficina estaba completamente revuelta. Entré y examiné la mesa de trabajo. Los cajones habían sido forzados. No había un solo papel.

—Se los han llevado todos —murmuré.

Encima de la mesa había una carpeta de cuero marrón. La abrí y encontré una cuartilla con un dibujo trazado mediante un rotulador negro, cuyo significado saltaba a la vista de inmediato.

El dibujo consistía en el perfil de una cara burlona, sacando la lengua y con la mano abierta y los dedos extendidos, el pulgar apoyado en la nariz. Debajo había dos iniciales: R. H.

—Me gustan los tipos que saben actuar con sentido del humor —dije.

Betty miró el dibujo y luego volvió los ojos hacia mí.

—Eso significa que Hartman ha conseguido la fórmula —murmuró, muy desanimada.

—Quizá sólo una copia —apunté—. Pero, aun así, puedes evitar la inscripción de la patente en el Registro de Washington.

—¿Cómo? —preguntó la chica.

—¿Te gustaría hacer una visita a Hartman?

—Si lo crees necesario...

La empujé hacia la puerta.

—Vamos ahora mismo —contesté.

Cuando bajábamos en el ascensor, dije:

—Ten en cuenta lo que voy a decirte. Es una jugada de póquer lo que pienso hacer cuando esté con Hartman. Pero necesito que me

apoyes. ¿Entendido?

—Sí, Prosper.

—Y antes de ver a Hartman...

El ascensor había llegado ya a la planta baja. Yo me acerqué al mostrador de conserjería. El empleado me miró amablemente.

—¿Han encontrado lo que deseaban? —preguntó.

La llave maestra saltó en la palma de mi mano.

—¿Cuánto le pagaron los que vinieron antes que nosotros? —pregunté.

La cara del tipo se puso gris.

—No sé de qué me está hablando —farfulló el sujeto.

—Amigo, lo que no sabe usted es que se está jugando el puesto. Dígame lo que le pagaron los otros y entonces le haré un favor.

—Bueno, me dieron cincuenta «pavos»...

—Entonces, nos debe setenta. Vengan, ya mismo.

El conserje respingó.

—Usted está loco —exclamó.

—Betty, quédate con este rufián. Ahora mismo voy a ver al administrador del edificio y le contaré lo que ha sucedido. Cuando lo registren, y encuentren setenta dólares en sus bolsillos y yo enseñe una llave maestra que me ha dejado indebidamente...

—¡Espere! —dijo el conserje, desesperado—. Le daré el dinero...

—Así está mejor —sonreí, complacido. Miré a la chica.

—Le he hecho el favor de permitir que continúe en su empleo —añadí, a la vez que me apoderaba autoritariamente del brazo de Betty y la empujaba hacia la calle.

—¿Por qué has hecho esto, Prosper? —preguntó ella, una vez a bordo de su coche.

—Es un cerdo —gruñí—. Sabía que habían estado los otros y no nos dijo nada... Al menos, podía habernos advertido. Entonces, le hubiese dado una propina mayor... Pero me puse furioso y decidí propinarle una lección. —De pronto, solté una risita, a la vez que sacaba los billetes—. A ti te corresponden veinticinco, más los veinte que le diste —dije.

Puse el dinero en su bolso y saqué cigarrillos.

—¿Y ahora? —preguntó Betty.

—Vamos al bar de Johnny. Hablaremos con Hartman desde su cuarto particular; es mejor que hacerlo desde una cabina pública.

—Está bien.

Al cabo de un rato, Betty miró a través del retrovisor y dijo:

—Prosper, me parece que nos siguen.

—Conduce con normalidad; no des a entender que lo has advertido

—aconsejé.

—De acuerdo.

* * *

Johnny se mostró muy asombrado al vernos entrar juntos en su local, que apenas si acababa de abrir. Todavía había una mujer limpiando el suelo.

—¿Qué tripa se te ha roto tan temprano, Prosper? —exclamó.

—Son más de las diez de la mañana, hombre —contesté—. Se nota que no estás acostumbrado a madrugar...

—Cierro tarde —rezongó mi amigo—. ¿Quién es ella?

—La que desea probar el derecho de pernada —dije—. Se llama Betty. Saluda, Betty.

—Hola —murmuró la chica.

—Se la ve tiernamente apetitosa —rió Johnny—. ¿Queréis café?

—Queremos hablar desde tu cuarto particular. ¿Podemos?

—Claro. Seguidme.

Cuando salía, le hice una indicación a Johnny.

—Creo que nos han seguido. Mira a ver la calle, por favor.

—Descuida.

El teléfono tenía supletorio y se lo entregué a Betty, después de haber marcado el número de Hartman. La secretaria me dio la comunicación casi en el acto, apenas pronuncié mi nombre.

—Creí que no tendríamos nada que decirnos, Kabb —exclamó Hartman inmediatamente.

—Está equivocado —aseguré—. Voy a contarle una cosa, que le interesará mucho. Rosabelle Ardmores y Betty Ransome van a presentar, en la oficina Nacional de Patentes, una demanda de interdicto contra cualquier fórmula química y de proceso de fabricación de una sustancia más o menos parecida al *Ultra-Plombium*, y ello en virtud de alegato de propiedad personal, por herencia y por contrato de financiación, éste en calidad de socio capitalista, y mediante una declaración jurada de sustracción de

dicha fórmula, acción que se ha llevado a cabo en la mañana de hoy, no hace más allá de dos horas. ¿Lo ha comprendido claramente?

Oímos la risa fuerte y burlona de Hartman:

—Kabb, usted habla como un leguleyo, a pesar de que es ingeniero, pero en eso está equivocado. Si fuese como usted dice, cualquiera, conociendo las investigaciones que un científico hace sobre tal o cual materia, o los trabajos que un ingeniero realiza sobre una nueva máquina, podría ejecutar una operación semejante, en la Oficina Nacional de Patentes, para apoderarse de los trabajos de otro. Por si no lo sabe, y yo estoy muy bien enterado de ello, en la Oficina de Patentes no admiten semejantes interdictos, a menos que se presenten pruebas muy fundadas... como, por ejemplo, una copia exacta de la fórmula del invento que se quiere patentar. ¿Tiene usted esa copia, Prosper?

Me quedé cortado. Una cosa era cierta. Hartman estaba bien empapado de tecnicismos legales. Su ángel negro, Clawbonny, era también abogado y su asesor, y debía haberle explicado todas las eventualidades posibles en el caso.

Betty me miró implorante, mientras ambos escuchábamos la risa burlona de Hartman.

—Adiós, Prosper —dijo. Y colgó el teléfono.

Mis brazos cayeron desalentados a lo largo de los costados. Betty estaba a punto de echarse a llorar.

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a perderlo? —dijo afligidamente.

Yo no sabía qué contestarle. De pronto, se abrió la puerta y Johnny asomó la cabeza.

—Hay dos tipos aguardando en un coche —informó—. ¿Quieres que llame a una patrulla, Prosper?

Inspiré hondo.

—No, déjalos de mi cuenta —respondí, a la vez que echaba a andar, sacando mucho el pecho.

—Espera —llamó Johnny—. Puedes verlos desde aquí...

El cuarto estaba situado en un primer piso y disponía de una ventana a la calle. Aparté las cortinillas ligeramente y entonces vi a un sujeto, agachado tras la zaga del «Mercedes». Casi en el acto, el tipo regresó al automóvil, que arrancó en el acto.

—Vamos, Betty —dije.

La chica me siguió. Salimos a la calle y me arrodillé, para mirar debajo de la carrocería. Bajo el tanque de gasolina, había un paquete que me dio muy mala espina.

—¿Qué es, Johnny?

Agarré el paquete, una caja negra, algo mayor que una de cigarros, y levanté la tapa. Vi un reloj, una batería y cuatro cilindros de aspecto inconfundible.

—Mira, Betty.

—Pa... parece una bomba de relojería...

La voz de Betty temblaba perceptiblemente.

—Sí, es una bomba, adherida al tanque de gasolina, por medio de ventosas magnéticas.

—¡Tírala, Prosper; puede explotar! —chilló la muchacha.

—Aún tenemos casi una hora —dije, a la vez que cerraba la tapa de la caja—. Anda, sube al coche; se me ha ocurrido una idea... y sólo podremos ponerla en práctica, si un amigo que tengo en los estudios de Pinewood quiere ayudarme.

—¿Pe... pero no desmontas la bomba?

—Hay tiempo de sobra —contesté—. Vamos.

Betty obedeció, bastante aprensiva. Cuando el coche se despegó de la acera, dije:

—Te indicaré el camino, porque seguiremos una ruta distinta. Los tipos que han puesto la bomba no tardarán en venir detrás de nosotros, para saber si su truco ha dado resultados.

—Estoy que no me llega la camisa al cuerpo —exclamó Betty.

—Dirás el sostén y las braguitas —corregí alegremente—. Y, no temas: soy ingeniero y sé cómo se manejan estos trastos.

* * *

Media hora más tarde, rodábamos por un camino polvoriento y solitario, que serpenteaba por las colinas de Beverly Hills. De cuando en cuando, me volvía. Tal como había supuesto, el coche de los forajidos nos seguía a prudente distancia. Sin duda, estaban extrañados de nuestra ruta, pero eso les importaba menos que comprobar la eficacia de su bomba.

De cuando en cuando, miraba el reloj. Cuando faltaba un minuto,

hice parar a la muchacha.

—Aguarda aquí.

El lugar estaba completamente solitario. Bajé del coche, corrí a la orilla del camino y escondí la bomba debajo de unos matorrales y al pie de un talud. A la derecha había un barranco pedregoso, de unos treinta metros de profundidad.

Inmediatamente, volví al coche. Betty arrancó en el acto. Hice que siguiera durante trescientos metros más y volvimos a detenernos cerca de la cresta de una loma, desde la cual se divisaba una gran extensión de terreno.

El coche de los esbirros de Hartman subía la pendiente sin demasiada velocidad, debido al mal estado del camino por una parte y, por otra, a que no podía acercarse demasiado, si no quería ser visto. Pero los hombres de Hartman, en esta ocasión, no eran de los más hábiles, al menos en perseguir a otras personas.

Súbitamente, cuando el coche estaba a veinte metros de la bomba, se produjo la explosión.

Un enorme chorro de humo y polvo, junto con una gran cantidad de piedras, salió despedido a lo alto. El conductor, que no se esperaba una cosa semejante, desvió instintivamente el volante. Cuando quiso frenar, la mitad delantera del coche estaba ya fuera del camino.

El impulso era demasiado fuerte. El automóvil saltó hacia el barranco y empezó a rodar aparatosamente por la pendiente, una portezuela se desencajó y quedó atrás. Las tapas del motor y el maletero se levantaron. Un cuerpo humano fue despedido, rodó unos cuantos metros y se quedó inmóvil.

El viaje del coche terminó cuando se estrelló contra un montón de rocas situado casi en la vaguada. El conductor salió, dio unos cuantos pasos tambaleándose y cayó al suelo.

Betty me miró, muy pálida.

—Anda, yo conduciré —dije.

—Pero... ¿no vamos a socorrerlos? —exclamó.

Me senté tras el volante.

—Si no hubiésemos visto que nos ponían una bomba, ahora estaríamos muertos. Ellos no iban a avisarnos, ¿verdad?

Betty apretó los labios.

—A pesar de todo...

—Ve tú, si quieres —contesté, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

Ella acabó por sentarse a mi lado.

—Quizá tengas razón —murmuró.

—Mira, nena; esos tipos forman parte de una cuadrilla sin escrúpulos. Tan pocos escrúpulos tienen, que hicieron asesinar a tu padre y a Emil Weiss. Y ahora querían matarnos a nosotros; conque si esperas que les tenga compasión, estás muy equivocada.

Solté el embrague, pisé el acelerador y el coche arrancó velozmente.

CAPÍTULO X

El nombre de mi amigo era Jerry Schmall y ocupaba un importante puesto en los estudios. Cuando se enteró de mis pretensiones, puso el grito en el cielo.

—Estás loco, Prosper. Ni por todo el oro del mundo consentiría...

—Consentirás, Jerry —dije firmemente—. Nuestra amistad lo exige.

—Nuestra amistad debería haberte hecho rechazar esa idea disparatada apenas concebida.

—Pues no, no la rechazo, sino que estoy más decidido que nunca a llevarla a cabo. —Me incliné hacia adelante y le miré con fijeza—. Hace años, Jerry, te salvé de una situación muy crítica. Entonces, dijiste que jamás lo olvidarías, por mucho tiempo que pasara. Nunca te pedí nada... y ahora ha llegado el momento de que me cobre la deuda.

Los dedos de Jerry, ya un poco gruesos, tabalearon inquietos sobre la mesa.

—Esto me puede costar un disgusto...

—Mira, Jerry, estoy harto de ver la televisión. *Los Hombres de Harnelson, Los Patrulleros. El Caballero de Azul, Starsky y Hutch...* Rayos, pero si a veces pienso que puede haber por las calles de Los Ángeles más coches de tu estudio que de la policía auténtica.

—Algunas escenas se filman en estos estudios, al menos, reconoce eso, Prosper —dijo mi amigo.

—Sí, pero la mayoría se ruedan en las calles. A la gente le gustan las persecuciones, los coches que saltan en los accidentes del terreno; los frenazos con derrape; los choques... Aquí hay muchas calles falsas, pero siempre andáis en exteriores...

Jerry cerró un ojo y me miró con el otro.

—¿Y ella? —preguntó.

—También se vestirá de uniforme. Ah, y para mí, incluye un bigote y... —Miré a Betty—. Ella, una peluca negra.

—Te advierto una cosa: los coches no llevan radio. Los actores sólo simulan hablar, cuando tienen que efectuar o recibir alguna

llamada...

—Pero funcionan las luces y la sirena.

—Eso sí.

—Está bien. ¿Cuándo empezamos?

Jerry se puso en pie.

—Vamos al guardarropa —dijo.

Media hora más tarde, yo era un fornido sargento de policía. Betty estaba vestida también de uniforme, sin graduación. Un empleado de los estudios trajo un coche blanco y negro a la puerta del edificio donde nos habíamos disfrazado.

—Prosper, por el amor de Dios, no me metas en un lío gordo —suplicó mi amigo.

—Descuida, no tendrás problemas —contesté con suficiencia.

Hice arrancar el motor.

—En todo caso, diría que te robamos el coche y los uniformes —exclamé, a la vez que pisaba el acelerador.

Una vez que estuvimos fuera del recinto de los estudios, Betty me miró muy intrigada.

—¿Qué es lo que pretendes hacer, Prosper? —Preguntó.

—Ya lo verás —respondí—. Tú solo tienes que limitarte a seguirme la corriente... Por cierto —dije, pasándome los dedos por el labio superior—, ¿qué tal me sienta el bigote?

—Horrible —contestó ella.

—¿No te gustan los hombres con bigote?

—Pinchan al besar.

—Ya tienes experiencia, ¿eh?

—Soy una mujer, me parece. ¿O no?

Volví la vista un instante. La blusa azul de uniforme encerraba un pecho firme, de hermosas redondeces, sin exuberancias, pero netamente femenino.

—En apariencia —dije.

—¿Cómo que en apariencia...? —se sulfuró Betty.

—Pero no en experiencia. Mía, por supuesto.

—Eres un tipo grosero. De modo que no crees que una mujer lo es, hasta que te acuestas con ella.

Lancé una risita. Ella se hundió en el asiento y cruzó los brazos.

—Te odio, Prosper —dijo.

—Los clásicos, y además pedantes, decían que del odio al amor no

hay más que un paso.

—Yo no te amo...

—Pero me odias. Y el siguiente paso será...

—¡El siguiente paso será enviarte al cuerno! —vociferó la chica.

Rosabelle decía la verdad: su sobrina tenía un genio de todos los demonios. Pero quizá era que le faltaba una mano firme que la condujera por el camino correcto.

Ya veríamos, pensé, mientras me concentraba en la conducción del blanco y negro, a fin de evitar un accidente que habría dado al traste con mi plan y, además, habría puesto en un serio compromiso a mi amigo Jerry Schmall, el productor y realizador de telefilmes de acción.

Media hora más tarde, detuve el coche en las inmediaciones de una cabina. —Aguarda aquí— dije.

Fui a la cabina y consulté la guía telefónica. Momentos después, insertaba una moneda en la ranura. Dije algo muy rápidamente y colgué antes de que pudieran contestarme.

—Ya está —dije, al sentarme de nuevo tras el volante.

—Ya está, ¿qué, Prosper?

—Se acaba de recibir amenaza de una bomba en el Skyview Building. Por si no lo sabes, es el edificio donde Hartman tiene sus oficinas. Claro está, que la amenaza es para una empresa situada en la planta inmediatamente inferior.

—No entiendo absolutamente nada —dijo la chica.

—Tú, sígueme la corriente y no te preocupes de más —contesté.

Estábamos en una calle transversal. Un minuto más tarde, pasó un blanco y negro por delante de nosotros, con las luces encendidas y atronando la atmósfera con su sirena.

Yo arranqué de inmediato. Conecté las luces del techo y le di a la sirena. En el asiento contiguo al mío, Betty, acurrucada, se tapaba los ojos con las manos, mientras volábamos por el bulevar La Brea y los coches particulares se apartaban a nuestro paso.

—Ah, qué placer poder circular así por la ciudad —exclamé.

—Prosper, ¿cuántos años de condena echan por hacer una cosa así? —gimió la chica.

—No te preocupes, no habrá nada contra nosotros.

Un tercer coche de patrulla se nos puso a rueda. Apenas un minuto más tarde, frené espectacularmente delante del edificio, derrapando

incluso un poco, como había visto en la televisión y en el cine.

—¡Vamos, oficial Ransome! —grité.

Un policía salió a mi encuentro.

—Sargento, hay amenaza de una bomba en la planta novena...

—Lo sé —dije, resuelto—. Soy Walters y tomo el mando, hasta que llegue el pelotón de explosivos. Procuren evacuar a la gente en orden. Eviten todo alboroto innecesario. La oficial Ransome y yo nos dirigimos a la planta afectada. Cuiden bien el orden.

—Sí, señor.

La gente empezaba a salir ya del edificio. Acudieron otros dos coches de patrulla. Betty echó a correr detrás de mí. Un ascensorista asustado nos miró como si fuésemos ángeles salvadores.

—Tranquilo, muchacho —dije—. El aviso dice que la bomba explotará a las dos y media. Aún faltan más de cuarenta minutos.

—Sí..., sí, señor.

Me volví hacia Betty.

—Oficial Ransome, usted se ocupará de las mujeres. Evite los casos de histerismo.

—Bien, sargento —contestó la chica, muy seria.

—Pare en la décima planta —dije, cuando el ascensor estaba ya en marcha.

Al salir, di una palmada en el hombro al ascensorista.

—Sea valiente —aconsejé, con acento enérgico—. Aguarde aquí y no haga caso de otras llamadas. Hay más ascensores.

—Descuide, sargento.

Betty y yo echamos a correr a lo largo del pasillo. La secretaria y algunos empleados se cruzaron con nosotros, sin reconocernos. El ascensorista les dijo que utilizaran otro aparato; tenía órdenes muy severas de la policía respecto al suyo.

Clawbonny salió, disparado. Al verlo, me pregunté si mi plan no estaba condenado al fracaso.

Pero, resuelto, irrumpí en las oficinas y corrí hacia el despacho de Hartman. Sí, el tipo estaba allí, delante de una caja de caudales empotrada en la pared, arrojando papeles a una cartera tipo valija.

Hartman oyó el ruido, nos vio y exclamó:

—Ahora mismo salgo, sargento.

—Dese prisa —contesté.

Hartman me volvió la espalda. Entonces, le aticé un fenomenal

puñetazo en la nuca.

Cayó como una masa inerte, soltando el portafolios. Me incliné y saqué de su interior varios sobres y unos cuantos paquetes de cuartillas, unidos por clips. Todo ello fue a parar al interior de mi camisa.

Cuando terminaba, Hartman empezaba a gemir.

Me incliné sobre él y, agarrándolo por debajo de los sobacos, lo llevé hasta su lavabo particular. Para evitar que pudiera salir, ya que no vi llave, coloqué una silla, con el borde superior del respaldo apoyado bajo el picaporte. Luego corrí de nuevo hacia el despacho.

Betty parecía petrificada, con los ojos muy abiertos.

—Vamos, no te quedes ahí parada —exclamé—. Es hora de largarnos.

Casi tuve que arrastrarla.

—Prosper, esto no...

El ascensorista nos aguardaba, firme en su puesto, como un centinela.

—Esta planta está ya vacía —dije—. Abajo, todo —ordené.

—Sí, señor.

Momentos después, llegábamos al vestíbulo, donde reinaba una espantosa confusión. Varios hombres, ataviados con chalecos protectores, entraban a la carrera. Agentes de uniforme trataban de poner orden en aquel caos.

Betty y yo conseguimos salir al exterior. Subimos al coche, di el contacto, salí en marcha atrás un poco, viré y pisé el acelerador a fondo, a la vez que conectaba la sirena.

—Bueno, ya está —dije, al par que me relajaba en el asiento.

—Acabaremos en la cárcel, Prosper —exclamó Betty lúgubrementemente.

—No lo creas. Antes de que nadie empiece a sospechar lo ocurrido, estaremos de nuevo a bordo de tu «Mercedes».

—Bien, pero ¿quieres decirme qué hemos conseguido?

—¿No tienes paciencia para aguardar a que estemos en casa?

Betty guardó silencio unos instantes. Luego, de pronto, se echó a reír.

—Me pregunto qué dirá Hartman cuando se entere de lo sucedido —exclamó.

—Ya se habrá enterado y andará aporreando la puerta de su lavabo —contesté—. Pero no, no creo que se atreva a hacer nada. Sería

como tirar piedras contra su propio tejado... y aunque no lo parezca, lo tiene de vidrio.

Cuando llegamos a los estudios, Jerry me miró atravesadamente.

—He oído hablar de una amenaza de bomba en el Skyview Building —dijo, receloso.

—¿Amenaza de bomba? Betty, ¿sabes tú algo? —pregunté.

—Nada, Prosper —respondió la chica.

—Prosper, tú trabajabas en tiempos para Hartman. Ese edificio es de Hartman...

—Jerry —le interrumpí—, si yo quisiera vengarme de él, por despecho, ¿crees que habría necesitado disfrazarme de sargento de policía? Con darle un telefonazo desde la calle, habría tenido más que suficiente, ¿no crees?

—No creo nada —rezongó mi amigo—. Lo único que quiero es que te cambies de ropa cuanto antes. Y ella también.

—Descuida, Jerry.

En el vestuario encontré un saqueto de tela, en el que puse todos los papeles. Cuando salía, Jerry se me acercó.

—Acaban de telefonearme de la central —manifestó—. Se sospecha que entre los coches de patrulla que había ante el Skyview había uno falso. Me han preguntado si envié a algunos actores a rodar una escena, con cámara oculta. He dicho que no; ¿cómo iba a hacerlo, si desconocía la amenaza de bomba? Pero la policía recela, ¿entiendes?

Betty corría ya hacia nosotros, con su pelo rubio libre y suelto.

—Descuida, seremos dos losas funerarias —contesté.

—Es una lástima que no estéis debajo —exclamó Jerry malhumoradamente—. Bien, Prosper, ya te he devuelto el favor. Estamos en paz.

—De acuerdo, Jerry. ¿Vamos, Betty?

Cuando ya estábamos fuera de los estudios, Betty quiso saber qué favor me debía mi amigo.

—Estuvimos una temporada juntos en demoliciones militares —expliqué—. En uno de los ejercicios, Jerry se rompió una pierna de muy mala manera, tras haber colocado una carga explosiva. Estaba a muy corta distancia y la explosión le habría destrozado, sin duda. Además, nadie le veía ni se había dado cuenta de lo ocurrido. Yo le eché en falta...

—Y llegaste a tiempo —adivinó la chica.

—Por cinco segundos. Una piedra me rompió dos costillas y otra, mucho más pequeña, se me incrustó en el hombro izquierdo. Yo llevaba a Jerry en brazos, no cargado sobre el hombro. Los médicos dijeron que si me lo hubiese cargado sobre el hombro, como parecía lógico, Jerry habría muerto.

—Y ahora has recordado el favor...

—Ya no puedo pedirle trabajo —contesté—. Pero hemos conseguido lo que deseábamos, ¿no te parece?

—Me estoy muriendo de curiosidad por leer la fórmula —dijo ella.

—Cada vez falta menos —repuse alegremente.

CAPÍTULO XI

—He oído la radio —dijo Rosabelle—. De modo que habéis sido vosotros los autores del desaguisado.

—Yo —contesté—. En todo caso, la culpa es mía. Puse la bolsa sobre la mesa.

—Pero hemos recuperado lo que Hartman consiguió, mediante el robo y el asesinato —agregué.

Montones de papeles, junto con unos cuantos sobres, cayeron sobre la mesa. Betty y yo empezamos a repasarlos sin pérdida de tiempo.

Media hora más tarde, empezamos a pensar en la posibilidad de un fracaso. Sí, allí había algunos documentos que habían pertenecido a Weiss, pero en ninguno de ellos se mencionaba para nada al

U-P.

Abrimos tres de los cuatro sobres que había sacado del portafolios de Hartman. Eran documentos confidenciales, de gran importancia para él, pero en los que no aprecié nada delictivo. De otros modos, podría haberle presionado para que nos devolviese la fórmula. Aquellos papeles, sin embargo, me resultaban tan útiles como una botella vacía para un alcohólico habitual.

Ya sólo faltaba el cuarto sobre, de tamaño muy superior a lo normal y extraordinariamente abultado. Lo abrí con una plegadora. Rosabelle y su sobrina lanzaron sendas exclamaciones de sorpresa.

A mí me pareció contemplar un pequeño tesoro. Había un buen montón de fajos de billetes de a cien todavía con el precinto del Banco. Me pregunté para que querría Hartman tanto numerario en efectivo.

Betty se dejó caer en una silla, completamente desalentada.

—Hemos perdido el tiempo —se lamentó.

Yo miré a Rosabelle.

—¿Qué opina usted? —consulté.

—Quémalo todo —respondió ella resueltamente.

—Quemarlo...

—Son pruebas contra ti. Allí tienes una magnífica chimenea.

—¿El dinero también?

—También el dinero.

—Sí, señora.

Cargué con los papeles y fui con ellos a la chimenea. Rosabelle añadió:

—En el cobertizo hay algunos troncos. Tráelos.

—De acuerdo.

Un cuarto de hora más tarde, empezaban a arder las primeras astillas. Los troncos, secos, no tardaron mucho en prender. A mí me sangraba el corazón, pensando en los diez fajos de billetes de a cien que habían ardido en el hogar. ¡Cien mil dólares convertidos en humo!

Rosabelle adivinó mis pensamientos. Llenó una copa y me la entregó.

—Me alegro que Hartman haya perdido ese dinero —dijo—. El padre de Betty perdió algo más.

Tomé un trago. Lo estaba necesitando.

—Creo que iré a acostarme —dije—. El día ha sido muy movido...

En aquel instante, llamaron a la puerta. Betty y yo cambiamos una mirada.

—¿Quién será? —murmuró la chica.

—Si no abres, no lo sabrás —dijo Rosabelle.

—Dejen, yo abriré —me ofrecí.

Crucé la silla y abrí. Al otro lado de la puerta vi un montón de personas, algunas con uniforme de policía. Estaban también el teniente Hubner y Hartman y Clawbonny.

Un sargento de policía preguntó:

—¿Rosabelle Ardmore?

—Soy yo —contestó la interpelada.

El sargento le entregó un papel.

—Es una autorización judicial para efectuar un registro en esta casa —manifestó—. El juez ha permitido también que los señores Hartman y Clawbonny estén presentes durante el registro.

—Adelante, adelante —dijo Rosabelle de buen humor—. Miren todo lo que quieran..., pero luego, si no encuentran nada, me veré en la precisión de demandar al autor de este atropello.

—Estará en su derecho, señora —contestó el sargento—. Adelante, muchachos.

Los policías de uniforme entraron en la casa y dieron comienzo a su

labor.

* * *

Yo miré al teniente Hubner.

—¿También usted tiene interés en ver lo que sale de este registro? —pregunté.

—No —contestó—. Lo que me interesa saber es quién, disfrazado de policía, ha estado hoy en el Skyview, durante una falsa alarma de bomba.

—Fue él —chilló Hartman—. Me atacó... Me robó documentos importantísimos y dinero que yo quería salvar, por si se producía realmente la explosión...

—Ahora lo sabremos, señor Hartman —cortó el oficial secamente—. Bien, Kabb, ¿qué me responde usted?

—La ley me autoriza a guardar silencio —manifesté.

—Muy cierto —admitió Hubner—. Pero, en ese caso, tendrá que guardar silencio en la comisaría, ¿eh?

—No sé nada —insistí.

—A la hora en que se producía la alarma de bomba, el señor Kabb y yo estábamos en una cama —dijo Betty.

Rosabelle dio un respingo. Hubner nos miró con ojos incrédulos. Y la boca abierta.

—Señorita...

—¡Miente! —bramó Hartman—. Trata de protegerle... Hoy día el honor ya no tiene importancia... Fríamente, Betty dijo:

—Llamen a Johnny Mumsey, el dueño de El Cálido Regazo. Estuvimos en su casa desde las doce a las cuatro de la tarde. Para salir del dormitorio, teníamos que pasar a la fuerza por la taberna. No tiene puerta trasera.

Hartman tenía la cara como una langosta cocida. Sus puños se abrían y cerraban convulsivamente.

De pronto, Clawbonny alargó el brazo.

—Ese fuego... No es lógico, en este tiempo —acusó.

—Joven, soy muy friolera y enciendo la chimenea casi todo el año —intervino Rosabelle.

—Nos están tomando el pelo miserablemente —gruñó Hartman—. Fueron ellos, disfrazados de policías...

—Un disfraz de policía es fácil de conseguir, señor Hartman —dijo el teniente—. Pero un coche blanco y negro.

Hubner se frotó la mandíbula.

—Allí apareció un sargento Walters, a quien nadie conoce —dijo—. Y no es corriente que en un caso de alarma de bomba, aparezcan agentes femeninos de uniforme.

—Prosper y yo estábamos en la cama —insistió la chica.

—¿Lo hace bien, sobrina? —preguntó Rosabelle maliciosamente.

Betty se volvió, le guiñó un ojo y cerró el pulgar y el índice en círculo.

—Fantástico, tía. Muy *macho*.

Con el rostro congestionado, lanzó un atroz bramido:

—¡Oigan! No estamos aquí para escuchar relatos de hazañas eróticas. Hemos venido...

—Ya, ya sé a qué han venido —dijo Rosabelle apaciblemente—. ¿Quieren tomar una copita?

—Queremos... —Hartman se pasó una mano por la cara—. Está bien, aguardaré a que termine el registro, aunque hartó me imagino por qué está encendida la chimenea.

—¿Le robaron mucho dinero, señor Hartman? —preguntó Rosabelle—. Cien mil, señora.

—Alguien se estará corriendo una gran juerga ahora, con su dinero. Miré a Hubner. El teniente trataba de mantenerse serio. Yo puse cara de palo. Si sonreía, se daría cuenta de que le estaba mintiendo. Aunque era sobradamente listo para no creerse una sola de mis palabras, ni menos el cuento de Betty. Pero también sabía que Johnny confirmaría el asunto de la cama.

—Por cierto —dijo Hartman de pronto—, ¿qué sabe usted de la bomba auténtica?

—¿Cómo? —pregunté.

—A dos de mis hombres les pusieron una bomba en el camino viejo de Northeast Hill. El coche se salió del camino y ambos están gravemente heridos en el hospital.

Era una trampa y no piqué.

—Es la primera vez que oigo algo sobre el particular —respondí—.

¿Sabe usted alguna noticia, teniente?

—Lo que ha dicho el señor Hartman —manifestó Hubner—. Ese accidente no pertenece a mi departamento.

—Pero, en cambio, nos acusa injustamente de habernos disfrazado de policías —protesté.

—Eso sí está relacionado con dos asesinatos.

—¿Cree que los he cometido yo?

—No, pero...

El sargento encargado del registro apareció de pronto.

—Lo siento, señor Hartman; no encontramos nada de lo que le falta de su oficina —informó.

—¿Tampoco han encontrado un disco rojo? —gritó el interpelado.

Betty se puso en pie, como movida por un resorte. —¡Ese disco rojo me pertenece! ¡Era de mi padre!— gritó.

Di un paso hacia adelante.

—Sargento, ¿qué instrucciones tiene usted? —pregunté.

—El mandamiento del juez menciona documentos y dinero, señor.

—¿Dice algo de un disco rojo?

—Pues... —el sargento miró de soslayo a Hartman—. Me lo dijo él, durante el camino...

—Entonces, atégase a lo dispuesto por el juez —tronó Rosabelle majestuosamente—. En primer lugar, ese disco rojo no pertenece al señor Hartman y, en segundo, mi sobrina y yo ignoramos dónde pueda estar.

—Sí, señora, le ruego me dispense...

—¿Considera terminado el registro, sargento?

—Sí, señora.

—Entonces, márchense. Todos. —El índice de Rosabelle apuntó a Hartman—. Mañana, mi abogado presentará una demanda contra usted, Hartman, maldito hijo de perra, chacal sarnoso, burro pijo... ¡Fuera! ¡Fuera!

Abochornado, pero también furioso por su fracaso, Hartman y los demás iniciaron la retirada. Hubner, sin embargo, fue el último en marcharse.

—Prosper, estoy de su lado, salvo en una cosa —manifestó—. Si averiguo que se disfrazó de policía, le echaré encima una tonelada de libros de leyes. ¡Esa broma no me ha gustado en absoluto!

Después de la marcha de los policías, hubo unos momentos de silencio. Rosabelle me miró. Empezó a sonreír. Luego rió francamente.

—Prosper, muchacho, me gusta lo que has hecho —dijo—. Y no te

preocupes; tengo un buen abogado y te sacaremos de apuros.

—Tía, me siento escandalizada —protestó Betty—. Has empleado un lenguaje propio de camionero.

—¿Y tú, con tus relatos eróticos? Todavía estoy aturdida...

—Bueno, algo tenía que decir para salvar a Prosper. Y también a mí —se defendió la chica.

—Pero esas indecencias... Claro que, bien mirado, no había otra salida —dijo Rosabelle. De pronto, se volvió hacia mí—. Por cierto, ¿dónde demonios está el disco rojo?

Levanté el índice.

—Ah, muy bien escondido —contesté—. Y, créame, no pienso decirlo por ahora.

—Pero sin la fórmula, no podemos hacer nada —alegó Betty desanimadamente.

—Menos haríamos si nouviésemos una muestra del metal —dije—. Se puede investigar y analizar y... —Puse una mano delante de la boca—. Me estoy cayendo de sueño. Buenas noches.

Apenas puse la cabeza sobre la almohada, me dormí inmediatamente. Cuatro horas más tarde, mi cerebro que, como el de todo ser humano, nunca descansa por completo durante el sueño, me hizo ver dónde estaba la solución.

Si la casa no hubiera estado en silencio, habría lanzado un estentóreo grito de alegría. Pero como no me parecía prudente despertar a las dos mujeres, di media vuelta y me volví a dormir a los pocos minutos.

* * *

A la mañana siguiente, desayunamos los tres juntos, ya que, como consecuencia de habernos acostado un poco tarde, nos habíamos levantado también con cierto retraso respecto de la hora habitual. Terminado el desayuno y antes de que Betty retirase los cubiertos, yo saqué algo y lo puse sobre la mesa.

—¡El disco rojo! —exclamó la chica.

Rosabelle entornó los ojos.

—¿Dónde lo tenías, perillán?

—Nunca se separó de mí —contesté—. Quiero decir, después de la primera visita de Clawbonny y su gorila. Todo el tiempo ha estado

pegado a mi piel, con cinta adhesiva.

—En alguna zona... indiscreta —dijo Rosabelle.

—Será mejor no entrar en explicaciones —dije—. El disco está aquí y es lo que importa, porque en él está la solución.

—¿Cómo? —gritó Betty.

Levanté una mano.

—Tranquila, nena —dije—. Cuando fui a visitar la segunda vez a Jean Clairmont, me encontré con Clawbonny, que llegaba cuando yo me despedía. Indudablemente, Jean estaba metida en el asunto. Pero recuerdo una cosa que vi en su casa y a la que entonces no concedí la menor importancia: una llave, con un disco rojo, muy parecido a éste. La llave, supongo, debe de pertenecer a un apartamento en la playa. Ese disco rojo es grande, para evitar que la llave se hunda, si cae al agua. El color rojo procede de la envoltura protectora de plástico. ¿Me siguen?

—Sí, no te detengas —dijo Rosabelle, muy excitada.

—Usted, por otra parte, mencionó una frase que le había dicho Weiss. El disco rojo significa todo lo contrario. ¿Qué habíamos pensado nosotros?

—Pues... que significa todo lo contrario del verde, Prosper.

—No. Estábamos equivocados. El disco rojo significa, precisamente, paso libre, es decir, *todo lo contrario de lo que aparenta*.

Rosabelle emitió un resoplido. Betty se puso en pie.

—Entonces... hay un mensaje...

—Hice saltar el disco en la palma de la mano.

—Trae un cuchillo bien afilado —solicité.

Betty corrió a cumplir la orden. Antes de empezar a trabajar con el cuchillo, le dije:

—La envoltura es plástico protector, hecha sin duda, en un tallercito donde se plastifican ciertos documentos y tarjetas personales, para mejor protección del papel y la cartulina. Tu padre, o tal vez Weiss, pero eso no importa ahora, llevaron la muestra de U-P

a una de esas tiendas y pidieron que la protegieran con una capa de plástico. Entonces, antes de que el operario iniciase su trabajo, le dieron o hicieron algo... que saldrá enseguida.

Agarré el cuchillo y empecé a cortar el plástico, siguiendo el borde del disco. Segundos después, el plástico estaba dividido en dos

mitades, lo que dejaba el metal al descubierto.

El color del nuevo metal era gris, no demasiado oscuro y opaco, sin apenas brillo. En una de las caras vimos, grabado con un punzón, una inscripción, con el nombre de un Banco y un número.

—Una caja de alquiler —exclamó Rosabelle en el acto.

—Exactamente —corroboré—. Una caja de alquiler...

—Pero no nos la abrirán. Debe de estar a nombre de mi padre —alegó Betty.

—Eres su heredera. El abogado de Rosabelle pedirá al juez una autorización y el Banco te entregará todo lo que tiene la caja... la fórmula del

U-P.

Hubo un momento de silencio. El enigma estaba desvelado.

CAPÍTULO XII

El teléfono sonó de pronto, sobresaltándonos con su estridor. Yo me levanté y agarré el aparato. Era el teniente Hubner y no tenía buenas noticias para mí.

Al cabo de un rato, colgué el teléfono.

—Johnny está en el hospital. La noche pasada le asaltaron unos desconocidos y le propinaron una paliza tan brutal, que no se sabe si saldrá adelante —dije con sombrío acento—. Hubner dice que sospecha fueron hombres de Hartman. Johnny tuvo tiempo de hablar y mencionó algo sobre una agenda que se le llevaron aquellos tipos.

—Sin duda, creen que sabía algo sobre el caso —exclamó Betty.

—Sí —contesté—. Pero, tanto si Johnny vive, como si muere, voy a prepararle una trampa a Hartman... y le haré caer en ella de patas, para que no vuelva a ordenar jamás una cosa así.

Dejé el disco sobre la mesa.

—Betty, Rosabelle, busquen al abogado y vayan al Banco —ordené.

—Y tú, ¿adónde vas, Prosper? —quiso saber la anciana.

—¡A preparar la trampa para ese hijo de perra! —contesté.

Johnny estaba en el hospital por mi culpa. Tanto si moría como si sobrevivía, Hartman iba a pagarlo muy caro.

El «Chevrolet» estaba en el taller. Ya habían arreglado el bollo, pero faltaba todavía la pintura. Dije al encargado que lo traería a pintar en otro momento, puesto que lo necesitaba inmediatamente. El aspecto que ofrecía no era muy atractivo, pero funcionaba, que era lo importante. Mientras cubría el trayecto hacia la casa de Julia Serna, empecé a dar los últimos retoques al plan que se me había ocurrido.

Julia me recibió con no poco asombro. Aún tenía en la cara huellas de los golpes recibidos.

—Usted apreciaba a Emil —dije, después de los primeros saludos.

—Mucho —respondió ella—. Para mí fue un golpe muy fuerte...

—No tenemos pruebas, aunque sabemos que fue Hartman el que ordenó su asesinato. Es cierto que el ejecutor material del crimen ha

muerto, pero el verdadero autor sigue vivo. ¿Le gustaría vengarse?
—Prosper..., no pretenderá de mí que vaya a buscarle con una pistola en la mano...

—En absoluto, Julia. Lo único que quiero es que hable con él. Por teléfono, naturalmente.

—¿Tendré que verle después?

—No será necesario —respondí.

—Muy bien. ¿Qué debo decirle?

Se lo expliqué. Julia dudó un momento, pero acabó por acceder.

—Gracias. Ya la avisaré cuando todo esté listo —dije, mientras me volvía hacia la puerta.

De allí fui al hospital. A Johnny no se le podía ver todavía, pero el médico me dijo que había grandes esperanzas.

—Cuando esté en condiciones, dele saludos de mi parte. Me llamo Prosper Kabb —me despedí.

Cuando salía del hospital, vi a Hubner, apoyado contra mi coche, con un cigarro apagado entre los dientes.

—Hola, Prosper —dijo—. ¿Cómo está Johnny?

—Hay esperanzas —respondí.

—Lo celebro. Es un buen chico. Habría tenido un disgusto terrible si hubiese muerto...

—Es más resistente de lo que parece —sonreí—. ¿Me permite?

Hubner me cerraba el acceso al coche y no se movió.

—Prosper, quiero decirle una cosa. No se tome la justicia por su mano.

—Teniente, usted bromea...

—Mi profesión me ha enseñado a conocer a las personas. Usted es un magnífico amigo de Johnny Mumsey y está ardiendo de cólera por lo que le han hecho. Va a salvar la vida y eso es mucho más de lo que se esperaba, cuando esta mañana lo encontró la mujer de la limpieza en su dormitorio, hecho trizas. No siento la menor simpatía hacia Hartman, pero estoy empezando a cansarme de que se salte la ley a la torera constantemente.

—Hubner, usted es muy malpensado...

—Quizá por eso soy policía. Recuerde lo que le he dicho, Prosper.

—Lo tendré presente. ¿Algo más?

Hubner se separó del coche.

—Ya está advertido —dijo por encima del hombro.

Entré en el coche y abandoné el estacionamiento del hospital.

—Ahora tenía que hacer unas cuantas compras y preparar la escenografía para la entrevista con Hartman.

* * *

Abrí la puerta. La casa estaba nuevamente en orden, aunque el tapizado desventrado por las navajas había sido recosido groseramente. Pero, en general, la casa de Weiss era de nuevo un lugar habitable.

Llevaba un maletín en la mano y me senté a esperar. Media hora más tarde, oí el ruido de un coche que se detenía en la explanada posterior.

Yo estaba sentado en un sillón, fumando apaciblemente. Así continué cuando se abrió la puerta y Hartman apareció en el umbral.

—Entre, Rodney, entre —invité cortésmente.

Las facciones de Hartman se pusieron tirantes.

—Empiezo a sospechar que se trata de una encerrona —dijo.

—En efecto. Julia Serna no encontró los documentos que usted busca tan ansiosamente.

Hubo un momento de silencio. En la mejilla izquierda de Hartman, un músculo tembló convulsivamente unas cuantas veces.

—La fórmula está ahí, en ese maletín —indiqué el que se hallaba sobre una consola situada a mi derecha—. La llamada de Julia fue solo una trampa para hacerle acudir a esta casa.

De pronto, Hartman sacó un revólver. Se acercó a la consola y agarró el maletín.

—¿Puede impedir que me lo lleve? —preguntó, burlón.

—No, en absoluto. Pero haré una advertencia. Usted conoce mi profesión. Sabe que el asunto de los explosivos no se me da mal del todo; el otro día, tuve ocasión de comprobarlo, cuando devolví a sus rufianes la bomba que nos habían preparado. Ahora, si quiere, váyase, pero antes de que salga de esta casa, escúcheme.

Hice una corta pausa, mientras me volvía un poco para sacar de detrás de mi espalda una caja de control, con su antenita.

—Primero, usted ya no puede soltar esa caja. El simple hecho de agarrarla por el asa, ha puesto en marcha un mecanismo de disparo,

que no se puede detener, salvo por la persona que lo ha realizado. Segundo, si intenta salir de aquí, apenas esté en el coche, haré actuar el segundo mecanismo, por ondas de radio. De modo que no tiene escapatoria...

—Si la bomba explota, usted no saldría mejor librado —dijo Hartman, sudando a chorros.

—Se ve que no entiende de explosivos. La carga explosiva actuará direccionalmente, con toda su fuerza impulsada hacia su cuerpo. Tal vez reciba algunos arañazos, una rotura de tímpano..., pero eso es una fruslería, comparado con el cuerpo hecho pedazos. Además... —De un salto, pasé al otro lado del diván y me agaché, dejando ver solamente los ojos—, esto es una protección adicional. —Alcé la mano izquierda, con la que sostenía la caja de telemando—. Por tanto, Rodney, ya puede dejar el revólver. Tiene que poner una firma en el papel que hay sobre la mesa. Pero no suelte el maletín. Junto al papel, hay pluma preparada. Vamos, haga lo que le digo.

La cara de Hartman estaba gris. Sabía que yo era buen ingeniero y que todo lo que le decía era perfectamente factible. Al cabo de unos segundos, vaciló y dejó el revólver, para apoderarse de la hoja de papel.

Leyó su contenido. Al terminar, exclamó con voz convulsa:

—¡No, no! Esto no es cierto... No firmaré...

—Firmará —dije, implacable—. Ya no puede soltar ese maletín, mientras yo no quiera... y no querré en tanto no haya puesto su firma al pie de la declaración que yo mismo he redactado.

—Mi abogado dirá que me fue arrancada por la violencia...

—En el interior de la casa, hay personas escuchando nuestra conversación. Cuando declaren, dirán que usted, arrepentido, firmó voluntariamente el documento. Un médico le reconocerá y no encontrará en su cuerpo la menor señal de violencia... cosa que, por desgracia, no puede decir Johnny Mumsey. Firme o el maletín le hará pedazos.

—¿Qué garantías tengo de que, una vez conseguida la firma, no hará explotar la bomba, cuando me haya marchado?

—Firme y desactivaré el mecanismo de explosión —contesté gravemente.

Hartman dudó todavía. Al fin, se inclinó un poco.

—Use el revólver como pisapapeles y no lo toque —añadí.

La mano de Hartman trazó su firma nerviosamente. Luego se irguió.

—Ahora, suélteme —ordenó.

Obedeció.

—Ahora, doble el papel en cuatro pliegues y dímelo. Hartman lo hizo así. Su cuerpo vibraba de furia mal contenida.

—¡Por todos los diablos! —bramó—. Ya he hecho lo que quería. Líbreme de esta maldita bomba...

Me eché a reír.

—Suelte el maletín, tonto —dije—. No hay ninguna bomba.

La boca de Hartman se abrió estúpidamente. Pero antes de que pudiera decir nada, alguien, inesperadamente, apareció en escena.

—Me han dicho que vino a esta casa —exclamó Clawbonny—. ¿Qué es lo que sucede?

Hartman se volvió hacia el recién llegado.

—Me ha obligado a firmar un documento, declarándome culpable de las muertes de Ransome y de Weiss —gritó—. En ese documento, se dice que tú eres mi cómplice...

Clawbonny se puso rígido.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Muy cierto —confirmé.

—Muy bien —dijo el abogado fríamente—. En tal caso, no voy a tener más remedio que apoderarme de ese documento.

—¡Lo tiene él, Morton! —chilló Hartman.

—Ya me lo ha dicho antes.

Con toda frialdad, Clawbonny sacó un revólver del interior de su chaqueta. Luego extrajo un silenciador y lo acopló a la boca del cañón.

—Espléndido —dijo Hartman, sonriendo aviesamente—. Así no haremos ruido, que alarme a los vecinos.

—No habrá ruido, en efecto —convino Clawbonny.

Y, de súbito, disparó dos veces contra Hartman.

El rostro del sujeto se deformó por la sorpresa. Yo tampoco me esperaba una cosa semejante. El asombro me hizo olvidar, incluso, que tenía un arma para defenderme.

Cuando Hartman empezaba a caer, Clawbonny se volvió hacia mí. En aquella infinitesimal fracción de segundo, comprendí que siempre había estado aguardando la ocasión para deshacerse de su

jefe. Siempre había querido ser el jefe en lugar de Hartman. Nunca se le presentaría otra oportunidad semejante, lo vi en sus ojos con toda claridad.

Pero entonces, de súbito, se oyó la voz del teniente Hubner:

—¡Tire la pistola! Obedezca o haré fuego.

Una horrible expresión de furia apareció en la cara de Clawbonny. Durante un segundo dudó, pero, al fin, comprendió que detrás de él había un hombre amparado por la ley y soltó el arma.

Dos agentes de uniforme irrumpieron en la casa. Uno de ellos puso las esposas en las muñecas de Clawbonny. Hubner me miró, duramente.

—Lo ha hecho, lo ha conseguido, pero le costará caro —dijo.

—Teniente, está equivocado —respondí—. Hartman vino aquí atraído por una llamada falsa, de acuerdo, pero ni le toqué ni pensaba que esto acabaría así, de tan mala manera. No piense que lo lamento, aunque sí debe admitir que su muerte es algo que no se me puede achacar en absoluto.

Hubner alzó las cejas. Yo vi que los policías se llevaban al asesino y abandoné el refugio del diván.

—¡Clawbonny! —llamé.

El abogado se volvió un poco.

—En cierto modo, ustedes tenían razón —dije—. El disco contenía la pista para conseguir la fórmula, guardada en la caja de alquiler de un Banco. No se veía, porque el plástico rojo ocultaba las indicaciones grabadas en la superficie del metal. Pero, como sea, esa fórmula no les pertenecía a ustedes en absoluto. Es posible que el documento que firmó Hartman no tenga valor legal..., pero usted ha cometido un asesinato y debe responder por ello.

Clawbonny, abrumado, no dijo nada y se dejó llevar sin resistencia. Hubner me miró inquisitivamente.

—¿De qué documento habla, Prosper?

—Primero, ¿cómo diablos ha llegado usted tan oportunamente? —quise saber.

—Le han estado siguiendo todo el tiempo —respondió el policía—. Cuando vieron a Hartman dirigirse hacia aquí, me avisaron por radio. Está usted vivo por fracciones de segundo...

—Cosa que agradeceré mientras viva. —Saqué el papel y se lo entregué—. Puede resultarle útil —añadí.

Anocheecía cuando llegué a casa de Rosabelle. La anciana dijo:

—La cena está preparada. Hay champaña para celebrarlo, Prosper.

Betty salió a mi encuentro, radiante.

—Hemos encontrado la fórmula —anunció.

—Me alegro infinito. ¿Cuál es el menú, Rosabelle?

—Sopa de césped, bocadillos de hierba a la vinagreta... y pastel de hierba al limón.

Me eché a reír.

—Vamos a probar ese exquisito menú —dije.

Cuando terminábamos de cenar, llamaron a la puerta. Rosabelle se puso en pie.

—Ah, deben de ser el reverendo Stone y su esposa —exclamó.

Miré a la muchacha.

—¿Un pastor? ¿Para qué?

—No tengo la menor idea —respondió Betty.

Lo supimos cinco minutos después, cuando el reverendo Stone nos convirtió en marido y mujer, con Rosabelle y la señora Stone como testigos. Al terminar, recibimos las consiguientes felicitaciones.

—Esto no me lo habría esperado jamás —manifesté.

—Tía Rosabelle, eres una fuente inagotable de sorpresas —dijo Betty.

Rosabelle me guiñó un ojo. Los Stone se marcharon muy pronto, después de tomar una copa de champaña y un trozo de pastel que, ciertamente, no era de césped del jardín. Al quedarnos solos, Rosabelle nos miró a los dos.

—Ahora, arriba —ordenó—. Y, por la mañana, sobrina, ya me dirás si Prosper es tan *macho* como aseguraste cuando dijiste aquella enorme mentira a la policía.

—Oh, tía... —exclamó Betty, colorada hasta las orejas.

—Ah, y mañana, en cuanto hayáis desayunado, al aeropuerto. Ya os he reservado los pasajes para Washington.

—¿Washington? —protestó Betty—. Tía, yo preferiría las islas Hawai... Siempre dije que, el día que me casara, iría allí en viaje de novios.

—Pero en Honolulu no hay una Oficina Nacional de Patentes y es preciso registrar cuanto antes la fórmula del

U-P.

—Betty, Rosabelle tiene razón —dije.

De pronto, la levanté en brazos.

—Buenas noches, Rosabelle —sonreí.

—Buenas noches, las tuyas, granuja —contestó la anciana.

Cuando ya estábamos arriba, lanzó su última orden:

—Y a ver, si dentro de nueve meses, hay un miembro más en la familia. Tengo unas ganas locas de ser abuela.

Me volví desde el corredor.

—Será tía abuela —corregí.

—El chico no notará la diferencia —contestó aquella encantadora mujer que, no muchos días antes, me había dado medio dólar de limosna.

Miré a Betty.

—Tú, ¿qué opinas? —pregunté. Ella escondió la cara en mi hombro.

—No podemos desobedecerla —suspiró ardientemente.

FIN



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.